

EL CAPITAN «AVENTURA»

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

609 - El enigma de Yamarai - *Kelltom McIntire*
610 - No somos dioses - *Ralph Barby*
611 - Seres superiores - *Lou Carrigan*
612 - La gran invasión - *Adam Surray*
613 - Los últimos inmortales - *Curtis Garland*

GLENN PARRISH

EL CAPITÁN “AVENTURA”

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 614
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 10.707 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: mayo, 1982

2. ª edición en América: noviembre, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Impulsada por el viento solar que incidía sobre su única vela, la astronave se movía por el espacio a velocidades aparentemente lentas, pero, en realidad, ligeramente inferiores a la de la luz. El mástil tenía más de kilómetro y medio de altura y la verga medía casi otro tanto. El tejido metálico de la vela, hecho de hilos cuyo grosor era inferior a la media centésima de milímetro, tenía una superficie de casi dos millones y medio de metros cuadrados. Un metro cuadrado de aquel tejido, que resplandecía como si fuese de oro, apenas pesaba un gramo, por lo que el peso total de la vela apenas si llegaba a las dos toneladas y media.

El mástil, la verga y el cordaje estaban hechos asimismo de un metal extraordinariamente liviano, por lo que el peso total del aparejo no rebasaba las cuatro toneladas. Y, sin embargo, era un método extraordinariamente eficaz, porque permitía al solitario ocupante de la nave viajar por el espacio a grandes velocidades, con un notable ahorro de combustible, que sólo utilizaba cuando le era preciso desplazarse por el hiperespacio, a fin de recorrer grandes distancias en poco tiempo y a velocidades incomparablemente superiores a los trescientos mil kilómetros por segundo.

La nave era enorme y no medía menos de trescientos metros de longitud por cincuenta o sesenta de anchura y casi treinta de grueso. Buena parte de su estructura era completamente transparente y bajo aquella cubierta, había un espacioso jardín, en el que no faltaban las plantas más exóticas y en el que, por medio de un generador de gravedad artificial y de una bomba de circuito continuo, se podía disponer de una pequeña cascada que daba la nota refrescante en un ambiente sumamente agradable.

Sentado en un banco, no lejos de la rumorosa cascada, el único ocupante de la nave leía un libro. Era un hombre robusto, de unos cuarenta años temporales, pero cuya apariencia era la de un joven de veinticinco, de pelo claro, mentón cuadrado y ojos azules. Sobre su cabeza, un pequeño sol artificial, graduado a una temperatura que no resultaba molesta, proporcionaba a su epidermis un tono tostado que le hacía parecer aún más atractivo.

La nave tenía un nombre que se había hecho famoso en la galaxia: *Aventura.* Quizá por ello mismo, a su propietario, capitán y único tripulante, le conocían por el sobrenombre de capitán Aventura. Y, ciertamente, lo tenía merecido.

El nombre auténtico era Ophix de Krankald. Nadie sabía su procedencia, aunque la mayoría le suponía de origen terrestre. Ophix,

en todo caso, nunca se había molestado en aclarar aquel pequeño enigma.

En el cálido ambiente interior, que contrastaba con la horrible temperatura del vacío exterior, se percibía una suave melodía. Ophix consultó su reloj y empezó a pensar que ya era hora de solicitar algo de alimento a la máquina que elaboraba la comida. Un robot se la serviría y...

De pronto, oyó unos fuertes tañidos. Los detectores le indicaron la presencia de una astronave en las inmediaciones.

Ophix acercó el reloj a sus labios, ya que era también un transmisor de radio:

—Cach, ¿qué indican tus sensores?

Una voz sonó a través de un altoparlante invisible:

—Presencia de una astronave a distancia T. I. No hay indicios de armas en próximo estado de funcionamiento.

—¿Nave amistosa?

—No hostil, por lo menos.

—Está bien.

Otra voz sonó de pronto:

—Solicito permiso para pasar a bordo. Mi nombre es Ewulia. Daré más detalles cuando esté frente a usted. Mis intenciones son amistosas.

—¿Viene por T. I., Ewulia? —preguntó Ophix.

—Sí, señor.

—Muy bien. Permiso concedido.

En la otra nave, empezaron a funcionar los mecanismos de traslado instantáneo. Segundos después, una hermosa mujer se materializaba ante los ojos del capitán Aventura.



La mujer era de buena estatura y formas arrogantes. Ophix calculó su edad en unos treinta y cinco años. Tenía el pelo castaño y los ojos eran muy negros. Vestía modestamente, una túnica de color negro, con pequeños ribetes blancos, sin ninguna joya sobre su cuerpo, salvo unos pequeños pendientes en los lóbulos de las orejas.

—Soy Ophix de Krankald —dijo él—. Bien venida a bordo, Ewulia.

—Gracias, señor. Mi viaje tiene como motivos solicitar sus servicios, capitán.

Ophix arqueó las cejas. Movió una mano y señaló el banco en que había estado sentado hasta aquel instante.

—Siéntese —invitó él—. Presumo que tiene un problema y que desea exponérmelo. Sin embargo, es prematuro hablar aún de una

respuesta afirmativa.

—Quizá quiera oír hablar de la recompensa —dijo Ewulia—. Un día entero, veinticuatro horas, tiempo universal, de producción del diamante repetidor.

—He oído hablar de ese diamante, pero me pareció siempre una leyenda mitológica...

—El diamante existe, señor. Yo lo he visto funcionar, si es que se puede definir así lo que hace cuando se le pide que reproduzca más diamantes.

—Muy bien —dijo Ophix—. Demos por sentada la existencia de esa maravillosa piedra. ¿Cuál es su problema, Ewulia?

—No es mi problema, a decir verdad, sino el de mi ama, la princesa Lysis de Dreón.

El rostro de Ophix expresó una enorme sorpresa.

—¿La princesa Mano de Hierro? —exclamó.

—Así la llaman, capitán —contestó Ewulia—. Yo soy solamente su doncella de confianza. Ella está escondida y no se atreve a abandonar su escondite, temerosa de ser capturada y ejecutada.

Ophix guardó silencio unos instantes. Conocía bien la historia que había dado origen a lo que muchos consideraban una leyenda.

Un poderoso personaje, Nirman, de Honr, había pretendido casarse con Lysis, la hija de Ishawar, rey de Dreón. Los rumores apuntaban a que lo que Nirman pretendía, más que convertirse en yerno de Ishawar, era ser el dueño del diamante repetidor. Pero Ishawar se había negado a los propósitos de Nirman en repetidas ocasiones.

Sin embargo, llegó una vez en que Ishawar no tuvo más remedio que ceder y aconsejó a Lysis que se casara con Nirman. La joven se negó.

Ishawar insistió, aunque nunca explicó los motivos de su cambio de actitud. Lysis, no obstante, persistió en su negativa. Nunca, nunca se casaría con Nirman.

A pesar de todo, vio que un día resultaría inevitable su claudicación y así, en cierta ocasión en que Ishawar estaba reunido con todos sus ministros y la corte, y Nirman se presentó una vez más, para solicitar la mano de la joven, ella hizo acto de presencia en el gran salón, como si estuviera dispuesta a aceptar la petición de Nirman.

Muchos habían sido los testigos de la escena. Todos vieron llegar a Lysis terriblemente pálida, con el brazo derecho metido en un cabestrillo y una bolsa de tejido plástico en la mano izquierda.

Nirman repitió una vez más su petición. Ishawar aconsejó a la muchacha que aceptase.

Entonces, Lysis había dicho:

—Padre mío y mi señor, Nirman ha pedido mi mano en repetidas ocasiones. Estoy segura de que tú no habrías cedido sin poderosos motivos, que has ocultado a todos, incluso a mí, a tu propia hija. Bien, si lo que quiere Nirman es mi mano, ahí la tiene.

Con rápido gesto, Lysis había arrojado la bolsa a los pies de Nirman. Al caer, la bolsa se abrió y algo salió de su interior y resbaló por el pulido pavimento, dejando un leve rastro escarlata. Todos los testigos habían lanzado un unánime grito de horror, al ver la mano separada de su brazo.

Y luego, Lysis se había desmayado. Al caer, el brazo se salió del cabestrillo y mostró el muñón envuelto en vendas ensangrentadas.

—Sí, así fue como sucedió —confirmó Ewulia, que parecía haber adivinado los pensamientos de Ophix—. Yo misma le vi cortarse la mano, sin gritar, sin hacer el menor rictus de dolor...

—¿No lo pudo evitar usted?

—Ella era mi ama —respondió la visitante.

—¿Qué pasó después? Ignoro el resto de la historia.

—Cuando Lysis se curó, encargó una prótesis de hierro. Pero Ishawar había renunciado ya al trono, abdicando a favor de Nirman. Luego, Ishawar apareció muerto un día, oficialmente de un ataque al corazón, aunque muchos sospechan que fue asesinado. Lysis huyó, para evitar correr la misma suerte.

—¿Sospecha que Nirman fue el autor de esa muerte? —preguntó Ophix.

—Mi ama y yo estamos convencidos de ello, capitán. A Nirman le vino muy bien, desde luego, porque eliminaba problemas para el futuro. Y más tranquilo se hubiera sentido, si Lysis hubiese muerto también. Trató de asesinarla y envió esbirros a todas partes con la orden de capturarla viva a toda costa.

—Un momento —dijo Ophix—. Lo que ha dicho usted no se compagina demasiado bien con los propósitos de Nirman acerca de Lysis. O la quiere muerta o la quiere viva. Explique ese contrasentido, por favor.

—La quiere viva, para que le indique la forma de hacer actuar el diamante repetidor, secreto que se transmite de padres a hijos, entre los que reinaron en Dreón. Cuando lo haya conseguido, Lysis morirá.

—Y por eso está escondida...

—Para recobrar el trono y castigar al asesino de su padre. Pero ahora se siente poco menos que sola y necesita que usted la ayude.

Hubo un momento de silencio. Ewulia fue la primera en hablar.

—Duda de mí, ¿verdad, capitán?

Bruscamente, separó la túnica y se abrió la blusa que llevaba debajo, mostrando al descubierto sus hermosos senos.

—En Dreón, cuando una persona quiere indicar que dice la

verdad, enseña el pecho, tanto si es hombre como mujer —añadió.

—No he dudado de su palabra, Ewulia —contestó Ophix, tras un ligero respingo.

Ella sonrió.

—Mi ama sabe muchas cosas de usted y de su existencia habitualmente solitaria. Me encargó que le complazca en todo, capitán.

—Cúbrase —dijo él, evidentemente molesto—. Si necesito… algo de lo que me ofrece, se lo haré saber. Y ahora, dígame dónde está Lysis.

—Entonces, ¿acepta, capitán?

Ophix hizo un ligero gesto de asentimiento. Bruscamente, ocurrió algo inesperado.

En el bello rostro de Ewulia apareció un gesto de dolor. Atónito, Ophix vio aparecer en el centro del pecho de la mujer la punta de la flecha que, entrando por la espalda, la había atravesado por completo.

CAPÍTULO II

Mientras Ewulia se derrumbaba al suelo, Ophix saltó a un lado, esquivando así por centímetros un segundo flechazo. El proyectil fue a clavarse en un macizo de flores con ruido sordo.

Ophix se guareció tras la estructura de hierro del banco. Una tercera flecha rebotó con metálico sonido y cayó al suelo, con la punta embotada.

—Cach, condenado saco de circuitos, ¿qué diablos está pasando? —preguntó Ophix, furioso.

—Mis sensores indican la presencia de una nave extraña a diez U. A. surgida inesperadamente del hiperespacio. No he tenido tiempo de avisar —dijo la voz.

—Me han disparado...

—La nave se aleja.

—Tratará de volver al hiperespacio. Cach, ¿puedes enviarle un psicosensor tipo lapa?

—Puedo enviarlo, señor —contestó la voz.

—Está bien, eso es todo por ahora, salvo que... ¿qué diablos nos han disparado?

—Flechas hiperespaciales, señor. Una vez disparadas, se sumergen en el hiperespacio y aparecen de nuevo a pocos metros del blanco.

—Tienes tus circuitos oxidados, maldita sea —dijo Ophix enojado, a la vez que se acercaba a Ewulia—. Si no eres capaz de prever el disparo de una flecha hiperespacial...

—Ruego acepte mis disculpas —dijo la voz—. Estaba investigando indicios de fatiga en uno de mis circuitos y tuve que desconectar parte del sistema de alarma lejana. No volverá a suceder, señor.

—Está bien.

Ophix se arrodilló junto a Ewulia. La doncella respiraba todavía, pero tenía los ojos cerrados.

—Ewulia —llamó.

Ella no contestó. Ophix se dio cuenta de que le quedaban unos pocos segundos de vida.

—Cach, envíame un psicosensor, rápido —ordenó.

—Al momento, señor.

Cinco minutos después, Ewulia había dejado de existir. Ophix desclavó la flecha y luego cruzó sus manos sobre el pecho ensangrentado.

—Cach —dijo—, sigue a la otra nave. Recoge la vela.

—Sí, señor.
—Prepara todos los sistemas de ataque.
—Enterado, señor.

* * *

Esta vez, Ophix se hallaba en el espacioso puente de mando, dirigiendo la nave personalmente. Cach le informaba puntualmente de los progresos realizados. Ophix tenía la intención de capturar la nave en la que viajaba el asesino de Ewulia.

—Y si esto no es posible, la destruiré —dijo ceñudamente.

—Nave a la vista —informó Cach.

Era una metáfora. Cach quería decir que tenía situada a la otra nave en sus sensores.

—¿Distancia?

—Sesenta U. A.

—Excesivo. Acércate más.

—Entendido.

La *Aventura* se desplazaba a velocidades vertiginosas por el espacio. De pronto, Ophix vio un punto brillante en una de las pantallas.

—Cach, están tendiendo sondas de detección —dijo.

—Capté las órdenes y he dispuesto sistemas anuladores, señor.

—¿Distancia?

—Cincuenta y cinco U. A., señor.

—¿Cuál es la distancia ideal para una comunicación, Cach?

—Puede hacerlo ya, si lo desea.

—Muy bien.

Ophix presionó una tecla. Luego dijo:

—Esta es la nave *Aventura.* Yo, el capitán Krankald, les intimo a que se detengan y pasen a bordo de mi nave, en calidad de detenidos. De no hacerlo así, serán destruidos.

Una voz burlona respondió:

—¡Váyase al infierno, capitán!

—No se lo repetiré por tercera vez...

—Tenemos buenos sistemas de defensa. Adelante, chiflado del espacio.

—Por última vez...

—Capitán, usted tiene pantallas visoras, creo. ¿Por qué no conecta una?

—Claro, hombre.

Ophix apretó otra tecla. El rostro de un hombre de unos treinta años, moreno, con barbita en punta, apareció ante sus ojos.

El hombre le sacó la lengua, a la vez que, con los pulgares metidos en los oídos, le hacía un inconfundible gesto de burla.

—Brrrr…

Entonces, Cach dijo:

—Sujeto identificado. Es Orduz, miembro de la guardia personal de Hosktun, el mercader.

Ophix frunció el ceño.

—¿Qué diablos tendrá que ver Hosktun con todo esto? —murmuró.

Levantó la voz.

—Orduz, ríndase —dijo con frialdad.

El sujeto se sobresaltó.

—¿Cómo me ha reconocido?

—Tengo buenos archivos. Por última vez…

—Váyase al infierno, capitán.

—Está bien, usted lo ha querido. Cach, dispara proyectiles tipo R.

Pareció que no ocurría nada, pero súbitamente, en la negrura del espacio, brilló una chispita amarilla.

—Nave perseguida destruida —informó Cach.

—Gracias. Ahora, marca el rumbo cuatro cuatro uno y vuela a la mayor velocidad posible, hasta las inmediaciones del objetivo, en órbita estratosférica, con todos los sistemas anti detección conectados. Prepara también un bote de aterrizaje. Eso es todo.

—Mensaje recibido y comprendido, señor.

Ophix abandonó el puente. Lentamente, se encaminó a la cámara donde yacía el cadáver de Ewulia.

Estuvo contemplándola durante unos momentos. Luego acercó el reloj a los labios.

—Cach, ordena que las máquinas preparen un ataúd conservador. Lysis dispondrá lo que se debe hacer con el cuerpo de su doncella.

—Bien, señor.



La cabaña era rústica, de troncos, sin embargo descortezados y protegidos con un brillante barniz, lo que le confería un aspecto sumamente agradable. Estaba situada al pie de un acantilado, que sobresalía en parte, formando así una marquesina natural, que protegía al edificio.

A poca distancia se veía una fuente, que manaba de la roca y que originaba luego un arroyuelo, que proporcionaba agua al lugar. La vegetación, aunque algunos de sus ejemplares tuviesen formas rarísimas, era abundante, pero el terreno estaba despejado en torno a

la cabaña, lo que permitía una amplia visión del panorama.

Ophix se acercó lentamente al edificio. Subió los cuatro escalones que conducían a la veranda y tocó en la puerta con los nudillos.

Nadie le contestó. Fue a abrir, pero, en el mismo momento, una mano se cerró sobre su cuello.

—No se mueva o le destrozaré la garganta de un solo apretón —dijo una amenazadora voz femenina.

Ophix se puso rígido.

—¿Lysis de Dreón?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Ophix de Krankald.

—¡El capitán Aventura!

—El mismo, señora.

—¿Puede demostrarlo?

—No suelo llevar encima documentos de identificación, pero, si me suelta, le enseñaré mi pecho, en señal de sinceridad.

—Ah, conoce la costumbre...

—Ewulia me informó, señora.

—¡Ewulia! ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido con usted?

—Ha venido, pero no puede hablar. La traigo en un ataúd frigorífico. Usted deberá decidir dónde debe ser enterrada.

La mano de Lysis se aflojó.

—Ewulia muerta... No lo puedo creer —murmuró.

—Lo siento. Murió cuando me iba a indicar su escondite.

—Pero usted me ha encontrado...

—Perdón, no he sabido expresarme. Quise decir que fue atacada en ese preciso momento. Sin embargo, sobrevivió unos minutos.

—Y habló...

—No, ya no podía hablar; pero utilicé una psicosonda, porque, sin embargo, aún funcionaba su mente.

—Comprendo. Vuélvase, capitán.

Ophix giró en redondo y se enfrentó con la hermosa muchacha que le había sorprendido tan hábilmente. Lysis de Dreón era muy alta, más de un metro setenta y cinco, pelo negro, corto, y ojos que parecían de felino, muy claros, casi ambarinos. Vestía un simple peto, que ceñía prietamente las curvas del pecho, pantalones cortos, ceñidos, y botas blandas de media caña. En el lado izquierdo del cinturón se veía la funda de una pistola de luz sólida.

Los ojos de Ophix fueron inevitablemente a la negra mano derecha de la joven. Ella sonrió burlonamente a la vez que alzaba el brazo.

—Nunca había visto nada semejante, supongo —dijo.

—No, aunque tenía idea de que se podían hacer cosas así.

Lysis movió los dedos y la mano que, salvo por el color, tenía un

aspecto enteramente natural.

—Es una prótesis maravillosa. Funciona por el potencial eléctrico de mi cerebro, transmitido mediante un hilo que va desde la correspondiente circunvolución motriz al minúsculo motorcito que acciona los dedos y el resto de la mano, exactamente igual a la que perdí —explicó ella.

—No veo el cable —observó Ophix.

—Sigue un trayecto hipodérmico, capitán.

—A pesar de todo, esa mano no se puede comparar con una natural.

—Funciona con absoluta similitud...

Ophix se pasó los dedos por la garganta.

—Es fría, está helada. ¿No se le ha ocurrido pensar que esa mano sirve para todo, excepto para hacer caricias?

—No necesito hacer caricias a nadie —contestó ella bruscamente.

Ophix hizo una ligera reverencia.

—No voy a discutir sobre las cualidades de su mano de hierro, princesa. Pero creo recordar que usted me llamó, porque necesitaba mi ayuda —dijo.

Lysis abrió la puerta.

—Entre, hablaremos delante de dos copas de vino —exclamó.

* * *

—En resumidas cuentas —dijo Ophix—. ¿Qué planes tiene usted, Lysis?

—La estrategia consiste en recobrar lo que perdí. Usted debe estudiar y aplicar la táctica adecuada —respondió ella.

Ophyx se acarició el mentón.

—Necesitaré informes —manifestó—. Pero antes, por favor, dígame qué es eso del diamante repetidor.

—Ha excitado su curiosidad —sonrió Lysis.

—Imagínese. Los seres vivos, tanto animales como vegetales, se «repiten», esto es, se reproducen. Pero nunca había oído nada semejante acerca de un mineral. ¿Qué se hace para que dé más diamantes? ¿Cantarle alguna canción especial? ¿Aparearlo con un rubí o con una esmeralda?

—No sea estúpido, capitán. El proceso es, digamos, mecánico. El diamante no es sino la base de los que se originan después, mediante un mecanismo adecuadamente concebido y realizado a la perfección. Pero se necesita el diamante, insisto, como base de la repetición de los otros que se desean conseguir.

—¿A qué ritmo, princesa?

—Uno de cincuenta quilates cada cinco minutos o bien, de ciento veinte quilates cada cuarto de hora. De mayores dimensiones ya no resulta conveniente; la maquinaria podría resultar gravemente afectada.

—Podría repararse...

—Llevaría años y, aun así, no hay garantías de que el diamante volviese a reproducirse.

—Está bien. Usted me concede veinticuatro horas de producción del diamante repetidor.

—Cuando lo haya recobrado, claro.

—Es algo que se da por descontado. Y, dígame, ¿qué poder tenía Nirman de Honr sobre su padre para obligarle a que le admitiera como yerno?

—No lo sé —respondió Lysis—. Jamás he logrado averiguarlo. Ni siquiera cuando le pedí a mi padre, porque sospechaba la existencia de un chantaje, que me contase lo que le sucedía. Tal vez así hubiera comprendido sus motivos.

—Y entonces, tal vez, no se habría amputado la mano.

—Ya ha sucedido. No vale la pena especular con lo que no pasó.

—Es cierto —admitió Ophyx—. ¿Le recomendó alguien que me llamase?

—No, aunque debo confesar que he oído hablar mucho de usted. Conozco algunas de sus hazañas...

Ophyx levantó la mano.

—Basta, no siga, por favor, o herirá mi natural modestia —cortó—. Otra cosa. ¿Sabe si Hosktun, el mercader, tiene algo que ver con la muerte de su padre y el acceso de Nirman al trono de Dreón?

Lysis pareció sorprenderse de la pregunta.

—No tengo la menor idea —contestó—. ¿Por qué lo dice?

—Verá... Ewulia murió a causa de una flecha hiperespacial, disparada por Orduz, un esbirro de Hosktun.

—¿Cómo lo sabe?

—Perseguí a Orduz, aunque entonces ignoraba todavía su identidad. Luego conversamos brevemente por pantalla visual. Le intimé a que se entregase y se negó. Entonces no me quedó otro remedio que dispararle un proyectil R.

—Entiendo. ¿Qué es eso de proyectil R?

—Rápido.

—Todos los proyectiles son rápidos —adujo ella.

—Algunos mucho más que otros —sonrió Ophyx.

—Está bien. ¿Cree que Hosktun se ha mezclado en el asunto?

—No me extrañaría nada, sobre todo, porque alguien que era empleado suyo supo elegir a Ewulia. Hosktun tiene un formidable servicio de información; hay quien dice, incluso, que es muy superior

al de cualquier gobierno galáctico. Por eso, si Hosktun toma parte en este asunto, tendremos que movernos con pies de plomo, para no acabar de mala manera.

—Eso corre de su cuenta, capitán. Usted dirigirá las operaciones.

—Muy bien, lo tendré en cuenta.

Repentinamente, Ophyx pareció como si se detuviera a escuchar. Lysis le miró, extrañada, pero antes de que pudiera hacerle la menor pregunta, se sintió violentamente arrojada al suelo.

CAPÍTULO III

Algo rebotó con metálico sonido por el interior de la cabaña. Lysis quiso protestar, porque Ophyx estaba encima de ella, en una postura que no le pareció nada agradable.

El ruido metálico se repitió. Ophyx sufrió una fuerte sacudida y se quedó quieto unos instantes.

—¿Por qué no se aparta a un lado? —exclamó ella, muy irritada.

Ophyx calló unos instantes. Luego, de súbito, se ladeó, agarró a la joven por los hombros y tiró de ella.

Un objeto brillante se materializó como un relámpago de plata, hundiéndose profundamente en el suelo de madera de la cabaña. Ophyx se puso en pie, volvió a agarrar a la joven por los brazos y la hizo levantarse, manteniéndola estrechamente pegada a su cuerpo.

—Capitán, ¿quiere explicarme...?

—Cállese —dijo él con brusquedad.

El ruido metálico se repitió. Algo estalló con sonido de vidrios rotos. Lysis volvió la vista y divisó en el suelo otra reluciente varilla metálica, terminada en una punta cuya sola contemplación daba escalofríos.

Durante unos momentos, permanecieron en la misma postura. Luego, el joven levantó la mano izquierda.

—Cach.

—Señor —contestó una voz.

—Estamos siendo atacados —dijo—. ¿Puedes localizar la nave?

—Sí, señor. A doce U. A.

—¡Destrúyela inmediatamente e informa!

—Bien, señor.

Todavía hizo irrupción en la cabaña una quinta flecha hiperespacial. Esta vez, Lysis sintió claramente el soplo del proyectil junto a su mejilla y no pudo por menos que lanzar un grito de susto.

—No se mueva —dijo él—. Estoy protegiéndola. Había conectado mi sistema individual de alarma y cuando empezó a funcionar, conecté un escudo de energía. Por eso rebotaban las flechas en mi cuerpo... pero usted podría haber sido herida, de todos modos.

—Ahora comprendo... Oiga, ¿quién es Cach?

—Mi robot ayudante. Yo lo llamo así, porque esas cuatro letras de su nombre son las iniciales de su definición como máquina: Computador Analógico Casi Humano.

—Entiendo. Y la cifra de las distancias...

—U. A. significa unidad astronómica. Es una medida antigua, todavía utilizada para distancias en el espacio normal. Una unidad

astronómica tiene ciento cincuenta millones de kilómetros, distancia media de la Tierra al Sol.

—Comprendo.

La voz de Cach sonó de pronto.

—Informe sobre nave atacante: ha sido destruida.

—Muy bien, Cach. A fin de evitar problemas, sitúate con la *Aventura* en las coordenadas seis uno letra F, cero dos letra B. Yo usaré el bote espacial por el momento. Ten conectados todos los sistemas anti detección y deja abierto el canal once siete siete, para comunicaciones de urgencia, en la clave cuarta.

—Mensaje comprendido —dijo Cach.

—Eso es todo. ¡Actúa!

—Sí, señor.

Ophyx se separó de la joven.

—Le dije que el servicio de información de Hosktun era magnifico —sonrió—. Bien, eso demuestra que no puede quedarse aquí, mientras yo trabajo para que vuelva al trono de Dreón.

—¿Ha elaborado algún plan, capitán? —preguntó ella.

—Sí. Ahora mismo embarcaremos en mi bote y nos dirigiremos a Phiz-Err.

—¡Phiz-Err! —se sorprendió Lysis—, Ese planeta... mejor dicho, planetoide, está en dirección casi opuesta a la que debiéramos seguir...

—¿Acaso pensó que íbamos a viajar a Dreón directamente?

—Bueno, no sé... Me pareció... ¿Por qué a Phiz-Err, capitán?

Ophyx sonrió.

—La línea recta no es siempre la distancia más corta entre dos puntos —contestó—. Además, tengo allí a una buena amiga que puede proporcionarnos excelente información.

—¿Quién es, capitán?

—Enarda, la gobernadora.

Lysis hizo una mueca de disgusto.

—La gobernadora tabernera —dijo—. He oído hablar de ella y es un personaje nada recomendable.

—Claro, comparándola con Su Alteza, Enarda es un ser despreciable. Perdón, Alteza, olvidaba que la sangre azul corre por vuestras venas.

Ella se puso colorada.

—Lo siento. No quise ofenderle, capitán.

—Será mejor que empiece a arreglarse —dijo Ophyx con aspereza —. Ya hemos perdido bastante tiempo.

* * *

Cuando ya tenían Phiz-Err a la vista, Ophyx fue a la puerta del camarote que ocupaba Lysis y tocó con los nudillos.

—Estamos a punto de aterrizar —anunció.

—Bien, capitán; saldré en seguida —contestó ella.

Lysis apareció en la cabina de mando minutos más tarde. Ophyx respingó al ver su rostro oculto por una máscara negra, rígida, que parecía hecha de algún mineral muy duro.

—¿Por qué esa máscara? —preguntó.

—Phiz-Err fue en tiempos una colonia de Dreón. Se consideraba a sus habitantes como seres inferiores, indignos de contemplar el rostro de un rey o una princesa de sangre real. Debo mantener la tradición —contestó ella orgullosamente.

—La tradición —bufó Ophyx—. Oiga, princesa, ¿quiere recobrar el trono o no?

—Pues claro que quiero...

—En tal caso, quítese esa maldita máscara inmediatamente.

—Pero...

—Escúcheme y ponga atención —dijo Ophyx cortantemente—. Usted dijo que la estrategia era recobrar el trono y que la táctica era asunto mío. Bien, en tal caso, le ordeno que se quite la máscara ahora mismo. ¿Por qué quiere señalarse tanto en Phiz-Err? ¿No se da cuenta de que lo que más nos conviene es pasar desapercibidos?

—Pero la tradición...

—¡La tradición un cuerno! ¿La invocó Nirman cuando usurpó el trono de Dreón? Princesa, si no se olvida de algunas cosas que no tienen razón de ser en las actuales circunstancias, mucho me temo que acabaremos mal.

—De acuerdo —se resignó Lysis—. ¿He de cambiar de nombre?

—No hará falta, aunque sí convendría que se pusiera guantes. La mano de hierro es muy conocida, aunque sólo sea oralmente, y conviene evitar que la vean lo menos posible.

—De acuerdo, usted gana.

—Usted ganará mucho más, si sigue mis consejos —repuso Ophyx —. Además, hace tres años que abandonó Dreón. En ese tiempo ha corrido muchas aventuras y ha tenido que luchar más de una vez por su propia vida, ¿no es así?

—Cierto —admitió la joven.

—Eso debiera haberle dado experiencia...

—No la suficiente para recobrar el trono por mí misma. Por eso le llamé a usted, desesperada al ver que no conseguía nada positivo.

—Sí, yo era el clavo ardiendo —dijo Ophyx cáusticamente—. Bien, tomaremos tierra dentro de pocos minutos. Si necesita preparar algo...

—Lo tengo todo listo. Incluso dinero, si precisa pagar algo o a

alguien.

—Gracias, pero no lo necesito.

Desde las lucernas de proa, podían ya contemplar a ojo desnudo la superficie de Phiz-Err, un planetoide que no medía más de ochocientos kilómetros de diámetro, pero que tenía un núcleo muy denso, lo que le permitía retener una atmósfera perfectamente respirable, a pesar de que su densidad era sólo el equivalente a dos mil quinientos metros de altitud en la Tierra. Pero la aclimatación era rápida y en Phiz-Err había todo lo que una persona podía desear, siempre que tuviese con qué pagarlo.

—Capitán, ¿es cierto que en Phiz-Err venden todavía esclavos?

—De ambos sexos —contestó él sin inmutarse.

—¿Cómo es posible...?

—En Phiz-Err se compra y se vende de todo. Damas encopetadas compran hombres jóvenes para su placer, y viejos ricachones adquieren jóvenes muchachas para que calienten su lecho. La libertad de comercio en Phiz-Err es absoluta.

—Pero algún esclavo se rebelará...

—No puede. Cuando se vende un esclavo, el vendedor le pone una argolla en el tobillo y entrega al comprador un pequeño mecanismo, que permitiría matar al esclavo con una descarga eléctrica, si éste intentase fugarse. Obvio es decir que sólo el comprador puede, si un día le place, liberar a su esclavo de esa argolla de seguridad.

—Comprendo. ¿Y qué hace a una persona caer en la esclavitud?

—Deudas, por regla general. También prisioneros capturados por mercaderes piratas... No hay una regla común, aunque la primera sea la más frecuente. Sin embargo, ya le he dicho, lo que más se vende son hombres y mujeres jóvenes. Y, a veces, hombres compran a hombres y mujeres a mujeres.

Ella hizo un gesto de asco.

—¿También...?

—No lo apruebo, pero entra en la naturaleza humana.

—No me gustaría ser vendida como esclava —dijo Lysis.

—Tampoco a mí, claro.

—Pero el esclavo un día, en un descuido de su amo, puede apoderarse del mecanismo de control y...

—No —contradijo Ophyx—. Ese mecanismo funciona únicamente con la fórmula molecular del comprador. Lo único que conseguiría el esclavo es electrocutarse a sí mismo, si intentara liberarse. Algunos trataron de hacerlo y quedaron carbonizados instantáneamente.

—Vaya un país al que me trae usted —dijo Lysis, enojada.

—Es el mejor sitio para empezar las operaciones de rescate de su trono —aseguró él tranquilamente.

* * *

La mujer era muy alta, enormemente voluminosa, a pesar de que todavía no había cumplido los cuarenta años. Su mirada era penetrante, astuta, y sus labios se distendían casi continuamente en una sonrisa sardónica. La parte delantera de su cuello desaparecía bajo una triple papada, que se agitaba mantecosamente cada vez que pronunciaba una palabra.

Ophyx rió alegremente al verla y luego le palmeó con fuerza sus exuberantes caderas.

—Tú, tan guapa como siempre, Enarda —dijo.

—No me hables, bandido —se quejó ella—. Estoy en los ciento sesenta kilos de peso y no sé cómo acabaré... Un día, alguien me pinchará con un alfiler, explotaré como una bomba y tendrán que blanquear el local...

Ophyx volvió a reír.

—Será porque quieres —dijo—. Conozco a un médico especialista, que hace prodigios. Pero tendrías que viajar a la Tierra, claro. En menos de seis meses, te dejaría la figura que tenías a los veinte años y su tratamiento, seguido con puntualidad, evitaría que volvieses a engordar.

—No puedo abandonar Phiz-Err. ¿Qué sería de mi negocio? —contestó Enarda con voz plañidera.

—Vamos, vamos, tienes tanto dinero como Hosktun. Nombra un sustituto de confianza y... Enarda, tenemos que hablar seriamente.

—Sí, Ophyx.

El joven volvió la cabeza un poco.

—Mírala —indicó—. ¿La reconoces?

Los ojos de Enarda se posaron en la alta figura de la joven que aguardaba a unos pasos de distancia.

—No —contestó—. ¿Quién es?

—Lysis de Dreón. *Mano de Hierro.*

Enarda resopló.

—Por las Cien Galaxias..., ¿qué hace esa mujer en mi casa?

—Te lo explicaré mejor en un lugar reservado, Enarda; pero antes... dime, ¿has oído hablar alguna vez del diamante repetidor?

—Una maravilla de la naturaleza. ¡Si fuese mío...!

—Ayúdame y te concederé seis horas de su producción. Pero ya te explicaré con más detalle en tus habitaciones privadas.

—De acuerdo. Vamos allá.

El joven se volvió de nuevo y agitó la mano. Lysis se acercó a la pareja.

—Señora... —saludó escuetamente.

—Ven conmigo, chica —dijo Enarda, campechana—. Ophyx es uno de mis mejores amigos, por no decir el mejor. Yo tengo que agradecerle mucho, aunque él también tiene motivos para sentir gratitud hacia mí. Hace unos veinte años, supo por primera vez lo que era una mujer… y yo fui quien…

—¡Enarda, por favor! —protestó él.

Lysis estaba colorada hasta las orejas. Enarda rió estruendosamente y sus enormes pechos se agitaron con gelatinosas sacudidas.

—Con lo que tengo ahora, se harían tres como la que yo era entonces —suspiró.

Después de cerrar la puerta de la estancia, destapó una botella.

—Bien, Ophyx, empieza a hablar —dijo.

CAPÍTULO IV

Más tarde, Ophyx acompañó a la joven hasta una habitación que Enarda le había destinado, en la parte del local dedicada a hotel.

—Aquí estará segura —dijo.

—Capitán, he oído cosas atroces...

—No haga caso. Enarda es un tanto pintoresca. Pero tiene un corazón de oro. Su ayuda nos resultará muy valiosa, créame.

—Si usted lo asegura...

—Tengo motivos para confiar en ella. Si necesita algo, pídalo a recepción.

—Bien, capitán. ¿Qué va a hacer usted mientras tanto?

De pronto, llamaron a la puerta. Ophyx abrió y sonrió al ver a una hermosa muchacha, de cabellos muy rubios y ojos azules, que sonreía hechiceramente en el umbral.

—Capitán, soy Vryna, a sus órdenes —dijo.

—Ahora mismo, Vryna. Adiós, hasta luego.

Lysis se sentía estupefacta.

—Capitán, un momento, por favor —llamó.

Ophyx salía ya, pero se volvió hacia la joven.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Supongo que usted y esa joven... —dijo ella, muy colorada.

—No admito sus censuras para mis momentos de esparcimiento —atajó él fríamente. Pero luego, sonriendo, añadió—: Forma parte de la táctica.

—Ah, ya, el reposo del guerrero.

—Exactamente. Buenas noches, princesa.

Ophyx cerró la puerta y agarró el brazo de la muchacha.

—Y ahora, Vryna, vamos allá —dijo.

—Sí, capitán.

Descendieron a la planta baja y salieron por una puerta trasera a un lugar en sombras, en donde había una pequeña motoneta, con dispositivo antigravedad. El aparato carecía de ruedas y tenía capacidad para dos personas, con unos estribos alargados, que permitían una posición relativamente cómoda.

Vryna cabalgó en el puesto del piloto y Ophyx se sentó detrás. La motoneta se elevó inmediatamente en el aire, con las luces de posición encendidas, viró ceñidamente y se lanzó a buena velocidad hacia la lejana zona en sombras.

Debajo de ellos, la ciudad era un ascua de luz. En Phiz-Err corría el dinero pródigamente. Se hacían negocios de todas clases y todas las monedas eran admitidas y cambiadas sin la menor dificultad. La

motoneta llevaba un deflector de viento, que funcionaba por repulsión molecular, y ello evitaba incomodidades a sus ocupantes.

Momentos después, salieron del área iluminada y se adentraron en la oscuridad. Vryna guiaba el aparato con absoluta seguridad. Media hora más tarde, refrenó la marcha y el aparato empezó a perder altura.

A los pocos momentos, tomaban tierra frente a una casa aislada en el campo. Vryna hizo unas señales con los faros delanteros y una puerta se abrió inmediatamente.

—¿Ophyx?

—El mismo —contestó el joven alegremente.

—Ven, entra —dijo la mujer—. Vryna, vigila.

—Sí, señora.

Ophyx avanzó hacia la puerta. Una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años temporales, de cabellos oscuros y ojos verdosos, le tendió las dos manos.

—Increíble —dijo él—. Si no lo estuviera viendo...

Ella rió graciosamente.

—He cambiado, ¿verdad?

—De un modo absoluto. Pero, ¿quieres explicarme, Enarda?

—La que está con el negocio es una doble, con la figura y el mal genio que yo tenía hace un año. Es una amiga de confianza, a la que previamente hice cambiar el rostro. En cuanto a la silueta, bien, con aquel aspecto, unos kilos de más o de menos no se notan.

—Es decir, has permanecido un año ausente, en tratamiento de tu obesidad.

—Sí. El resultado es positivo, me imagino.

Todavía con las manos juntas, Ophyx contempló a la mujer que tenía frente a sí. Luego meneó la cabeza.

—Parece como si hubieses comprado un nuevo cuerpo, al que le hubieran puesto tu cerebro...

—Nada de eso. El cuerpo es mío, con setenta kilos de menos. Pero, ¿no te apetece una copa de vino?

—Claro...

La casa era pequeña pero confortable. Enarda destapó una botella. Llenó una copa y se la dio al visitante.

—Tienes que aclararme muchas cosas —dijo él.

—Por supuesto. Pero, ¿cómo supiste que la Enarda que está en la ciudad no es sino un doble? —preguntó ella.

—Hace tres años, juraste que me romperías las narices de un puñetazo cuando volvieras a verme. La otra no mencionó el detalle y, francamente, esperaba ese puñetazo.

—Te lo tenías bien merecido —contestó Enarda—. Bien, ¿Cuál es el problema?

—¿Cuál es el tuyo? Porque si el tratamiento ha terminado, tu doble ya no pinta nada allí. ¿A quién temes?

Enarda dejó de sonreír.

—Es cierto —admitió—. Tengo miedo… de Hosktun.

—¿El mercader?

—Sí.

—¿Qué te ha hecho? Me ha pedido la renuncia al cargo, a cambio de una enorme suma y una magnifica pensión vitalicia. Realmente, la oferta es muy buena.

—Entonces, ¿por qué no aceptas?

—Hosktun cumple solamente los tratos que le convienen. Estoy segura de que, apenas firmásemos el contrato de renuncia y cesión de mis derechos sobre Phiz-Err, me haría asesinar. Por eso me resisto… y por eso me escondo.

—Hasta que el peligro se haya alejado.

—Sí, Ophyx.

El joven tomó otro trago de vino.

—Hosktun es un individuo muy poderoso —comentó.

—Una verdadera potencia en este sector de la galaxia, mucho más que la mayoría de los jefes de Estado planetario. Hay quien dice que hasta el vacío interestelar le pertenece…

—Sí, he oído hablar de ese pajarraco. Enarda, ¿qué quieres que haga en tu favor?

—Mátalo, Ophyx.

El hombre respingó.

—Enarda, no soy un asesino profesional…

—Mientras Hosktun viva, no habrá paz en esta parte de la galaxia —dijo ella con gran vehemencia.

—A mí no me ha molestado todavía.

—Ya te llegará el turno —dijo Enarda sarcásticamente—. Entonces, lamentarás no haber seguido mi consejo. Sé que no es dinero lo que te hace falta, pero… podrías hacerlo por la antigua amistad que nos unió en tiempos.

—Hablaremos de eso en otro momento —dijo él—. Ahora necesito de tu ayuda, Enarda.

—¿De qué se trata, Ophyx?

—Lysis, princesa de Dreón, hija de Ishawar, ha venido conmigo y está alojada en tu hotel. Me ha contratado para que la ayude a recobrar el torno y castigar al que hizo asesinar a su padre.

—¡Cielos! —exclamó Enarda—. Es una noticia sorprendente…

—¿Cómo? ¿No sabías lo que había pasado en Dreón? ¿Acaso no has oído hablar nunca de la princesa «Mano de Hierro»?

—Claro que sí, hombre. Lo que pasa es que nunca me imaginé que pudiera venir a Phiz-Err… Bien, en resumidas cuentas, ¿qué es lo

que quieres de mí?

—Disfraces.

Enarda arqueó las cejas.

—¿Disfraces?

—Sí. Hemos de ir a Dreón y, modestia aparte, ella y yo somos bastante conocidos. No podemos llegar al planeta con nuestro aspecto habitual.

Ella se mordió los labios un instante.

—Los disfraces no sirven de nada si emplean el detector de fórmula molecular —objetó.

—Tú puedes conseguir fórmulas falsas, es decir, adecuadas a nuestra nueva apariencia. Vamos, Enarda, no me digas que no; nos conocemos hace bastantes años y...

Enarda le dio un cariñoso puñetazo en la nariz.

—Me lo debías —dijo alegremente—, Ophyx, ¿qué te parecería el disfraz de peregrino de Kong-Loo y su arrepentida?

—¿Qué es eso? —preguntó Ophyx, atónito.

—En el asteroide Kong-Loo hay una comunidad de desengañados de la vida que, de cuando en cuando, salen por ahí a predicar la bondad, la paz, el despego hacia los bienes materiales... y a recaudar fondos para sus albergues. Conozco al jefe máximo de la comunidad; me debe más de un favor. Son gentes muy respetadas, ¿comprendes?

—Sí. Continúa.

—En realidad, son unos pájaros de cuenta, que viven a costa de los demás. Cada uno tiene su sirviente personal, que les acompaña cuando realizan su peregrinación anual en busca de limosnas. Ellos le llaman la arrepentida y la ponen como ejemplo de mujer virtuosa, que ha abandonado para siempre la senda del vicio y la disipación —Enarda le guiñó un ojo—. Por lo que yo sé, no hay una sola arrepentida vieja y fea —agregó con una ruidosa carcajada.

—Comprendo. Lysis podría ser mi arrepentida...

—Y tú un peregrino de Kong-Loo. Pero eso no se puede hacer sin el consentimiento de Ivhor, el jefe.

—Muy bien, háblale...

—Tendrás que ir a verle en persona, Ophyx.

El joven hizo una mueca.

—Iré —dijo.

—Ese favor a cambio de la vida de Hosktun —pidió Enarda.

Ophyx guardó silencio un instante. Enarda, se dijo, no le pediría nada semejante, si no estuviese convencida de que era necesario. Pero, por otra parte, le repugnaba matar a un hombre al que no conocía, por muy graves que fuesen las acusaciones.

De repente se oyó un fuerte grito en el exterior:

—¡Cuidado! ¡Vienen...!

La voz de Vryna se transformó repentinamente en un horrendo gorgoteo. Ophyx y Enarda se volvieron hacia la puerta.

—¡Vamos! —gritó él—. Tenemos que largarnos...

Un tremendo estrépito le interrumpió repentinamente. La puerta voló por los aires, convertida en astillas. La onda explosiva los derribó al suelo, aunque Ophyx se levantó en el acto.

Varios hombres irrumpieron a través del hueco. Todos ellos iban armados. Uno disparó un chorro de gas al rostro de Ophyx.

En aquella fracción de segundo, Ophyx tuvo tiempo de captar la imagen de un rostro con dos cicatrices paralelas en el lado izquierdo, que llegaban desde la oreja al mentón. En la frente, hacia la derecha y en diagonal, tenía otra cicatriz.

Un turbión de luces de mil colores se apoderó instantáneamente de su cerebro. A pesar de todo, pudo escuchar los desesperados chillidos de Enarda, que suplicaba piedad.

Los asesinos no tuvieron compasión de ella. Dos la levantaron por los brazos y un tercero anudó en torno a su garganta un fino cable de metal. Agarró uno de los extremos y el hombre de las tres cicatrices cogió otro. Luego, ambos, a una, dieron un fuerte tirón y la cabeza de Enarda quedó separada de su tronco.

Ophyx tosía desesperadamente, incapaz en absoluto de hacer el menor movimiento de defensa. Pero aún se mantenía en pie.

—Es un tipo duro, Rillon —dijo uno de los sicarios.

—Le ayudaré a que se duerma pronto —rió el hombre de las tres cicatrices.

Alzó la mano y golpeó con la culata del arma la cabeza del joven.

Ophyx cayó fulminado. Rillon hizo un gesto.

—Andando con él —ordenó.

CAPÍTULO V

Ophyx creía soñar. Allí estaba él, encadenado sólidamente, sobre un enorme estrado, en la gran plaza pública de Phiz-Err, sometido a la indignidad de verse vendido como esclavo. El mercader que, en apariencia era su dueño, le resultaba absolutamente desconocido. Se llamaba Evrun, pero jamás le había visto ni había oído su nombre hasta aquel momento.

Ni siquiera sabía el tiempo que había permanecido inconsciente. Lo único que recordaba era haber despertado y, después de tomar algo de alimento, entregado por unos guardianes de feroz aspecto, armados con látigos neurónicos, había sido encadenado y arrastrado después a la plaza del mercado, en donde ya se habían vendido unos cuantos esclavos.

Había una gran multitud de curiosos que se había congregado en torno al estrado de ventas, para contemplar el espectáculo. Los sicarios de Evrun, tipos corpulentos todos ellos e insensibles al dolor ajeno, vigilaban cuidadosamente las operaciones.

De pronto, uno de ellos le tocó con el cabo del látigo.

—Ahora te toca a ti —gruñó—. Levántate.,

Ophyx tenía las manos sujetas a la espalda por unas argollas de acero. Otra ceñía su garganta y de la misma partía una cadena que llegaba hasta un recio cinturón de cuero, que rodeaba sus caderas. Dos cadenas más iban a parar a sendas argollas situadas en los tobillos. Cualquier intento de fuga quedaba así excluido.

Hizo un esfuerzo y se levantó. Evrun extendió los brazos para imponer silencio y empezó a vocear las bondades de su «*mercancía*». Luego pidió que ofreciesen una cifra por aquel robusto ejemplar de varón, raza terrestre, con una salud a prueba de bombas y sin la menor tara física.

Los compradores empezaron a pujar. Ophyx se estremeció. Uno de los que parecía más interesado en él era un sujeto afeminado, de unos cincuenta años, en cuyo rostro ya ajado se reflejaban todos los vicios. Si aquel sujeto le compraba y luego intentaba hacer valer sus derechos...

De repente, una elegante dama, de unos cuarenta años, ofreció una cifra más alta.

El afeminado torció el gesto. Volvió a pujar, pero ella, impasible, subió la cifra. Al cabo de unas cuantas escaramuzas, el afeminado se retiró.

Evrun lanzó un poderoso grito.

—Nilly, el esclavo, ha sido adjudicado a la noble dama Arphea de

Sitón, la cual es dueña de Nilly a partir de este momento. Noble dama, si tenéis la bondad de seguirme a mi oficina, os haré entrega del esclavo y de la argolla de seguri- dad, junto con el control de fórmula molecular, que le impedirá la fuga en todo momento.

—Gracias, mercader —contestó Arphea.

Ophyx la miró críticamente. No era fea del todo, aunque, de pronto, apreció que tenía muchos más años de los que £ aparentaba. Cirugía plástica, cremas mágicas y dinero en abundancia, pensó; de este modo, los noventa años temporales de Arphea quedaban reducidos a la mitad, en apariencia física.

De repente, vio entre la multitud un rostro conocido. Una sacudida recorrió todo su cuerpo. «¡Lysis!», exclamó mentalmente.

La joven estaba allí, confundida con los espectadores, y vestida con una larga túnica negra, con la cual se cubría parcialmente el rostro. Pero sus ojos resultaban inconfundibles.

Ella levantó ligeramente una mano. Ophyx captó el gesto y su significado. «Espera», decía Lysis en silencio.

Uno de los esbirros le agarró por el brazo y tiró de él. Ophyx se dejó llevar sin resistencia a la oficina del mercader, en donde iba a tener lugar la transferencia de propiedad, de acuerdo con los requisitos exigidos por la ley.



—Bien —dijo Arphea, mientras lanzaba a un lado la costosa túnica de hilo de oro, recamada de perlas y piedras preciosas, con la que se había envuelto el cuerpo hasta entonces—, ya estamos en mi casa y tú eres mío ahora. ¿Sabes lo que eso significa, Nilly?

Ophyx guardó silencio un instante. Arphea había quedado solamente con un sostén y unos pantalones muy cortos, además de los zapatos de tacón alto y suela de diez centímetros, que casi parecían unos zancos. Ophyx apreció que el cuerpo tenía mucha mejor apariencia que las facciones.

«*Pero, qué diablos, está rondando el siglo de edad y…*», pensó.

—No me llamo Nilly —dijo.

—No me importa cómo te llames —contestó Arphea.

Levantó una caja oblonga, de color negro, en la que se apreciaba un botón de color rosa.

—Puedo matarte y tú lo sabes, de modo que pórtate bien; ¿has comprendido?

—Sí, señora.

—Te he comprado porque eres joven y robusto, te lo digo con toda claridad. Yo soy mayor que tú, pero aún me conservo bien, y necesito compañía masculina. Mi esposo era un rico mercader, que murió hace tiempo, dejándome una enorme fortuna. Estoy cansada de alquilar hombres para mi cama; por eso te he comprado. ¿Está claro?

—Clarísimo, señora.

Arphea sonrió.

—Si te portas bien, tendrás todo lo que desees —continuó—. No soy una tacaña, pero exijo que se me obedezca ciegamente en todo momento. Bien, anda, llena dos copas de vino; vamos a celebrar… la operación.

Ophyx podía moverse ahora libremente. Las cadenas y los grilletes habían sido sustituidos por una única argolla, situada en torno al tobillo izquierdo. Nadie podría abrirla, a no ser la propia Arphea; y ni siquiera cabía el recurso de robarle la caja de control, ya que estaba adecuada a su fórmula molecular privada. Cualquiera que intentase hacerlo, provocaría una descarga eléctrica, que mataría

instantáneamente al portador de la argolla de seguridad.

La casa era grande, lujosísima. Ahora se hallaban en una vasta habitación, parte salón y parte dormitorio. Este se hallaba casi oculto por unas finas cortinas. El lecho, en el que hubieran podido dormir cómodamente media docena de personas, estaba sobre un estrado de un metro de altura, al que se accedía por una escalera de cinco peldaños. El estrado y la escalera se hallaban cubiertos por una espesa alfombra de color azul claro.

Había una gran consola, con toda suerte de botellas. Ophyx eligió una de vino de Dreón. «*Si pudiera emborracharla y conseguir que abriese la argolla*», pensó.

Pero Arphea, se dijo, parecía lo suficientemente astuta como para no caer en semejante trampa. Por tanto, decidió tentar la libertad por otra ruta. Al entregarle una copa llena, dijo:

—Arphea, tengo que hablar contigo.

—Adelante —invitó ella.

—Mi nombre es Ophyx de Krankald. He sido contratado por la princesa Lysis de Dreón, para ayudarla a recuperar el trono de su padre, asesinado por el actual rey...

Arphea soltó una burlona carcajada.

—No sigas, conozco la historia —dijo.

—¿Entonces...? —exclamó él esperanzado.

—Ophyx, los problemas de Dréon no me interesan en absoluto, a pesar de que tengo cierta relación con ellos, indirectamente, claro. Pero si te he comprado, no ha sido para liberarte y que acudas en ayuda de una chica estúpida y sin seso. Eres mío y no dejaré que te marches jamás. ¿Lo has entendido?

—Arphea, me parece que acabas de hacer una profecía completamente errónea.

Ophyx se sobresaltó terriblemente al oír aquella voz. Arphea volvió la cabeza, no menos sorprendida que el joven.

Sonriendo desdeñosamente, con la mano izquierda en la cadera, Lysis avanzó unos pasos y se detuvo en el centro de la cámara, a poca distancia de la pareja.



La mano derecha de Lysis se apoyaba en una mesa, sobre la que se veía un enorme jarrón de metal dorado. Arphea reaccionó y lanzó un grito de cólera.

—¿Quién es esta mujer? ¿Qué haces en mi casa?

—Me llamo Lysis de Dréon —contestó la joven—. He venido a liberar a Ophyx.

—¿Crees que lo permitiré, estúpida? —vociferó Arphea descompuesta.

—Tienes la caja de control de la argolla de seguridad. Pulsa el botón de apertura —ordenó fríamente Lysis.

—¡Ni lo sueñes! Antes lo mataría

La mano derecha de Lysis se cerró en torno al jarrón. Lenta y ominosamente, hizo presión hasta que el jarrón quedo reducido a un delgado tubo, de contornos irregulares.

Arphea palideció.

—¡Mano de hierro! —exclamó.

Lysis se acercó a la mujer y puso una mano en su garganta.

—Puedo dejarte el pescuezo como una paja para refrescos —dijo —. Anda suelta a Ophyx.

Arphea estaba lívida y temblaba convulsivamente.

—Si..., me matas, él morirá...

—Pero tú no quieres morir, ¿verdad? Tienes dinero de sobra, puedes comprar otro esclavo joven y apuesto que caliente tu lecho...

—Por favor... —rogó la mujer, llena de pánico.

—Pulsa el botón de apertura, anda.

Arphea alargó la mano. Se oyó un chasquido y Ophyx, con un enorme suspiro de alivio, vio que la argolla caía al suelo, abierta en dos mitades.

—Ophyx, no creas que esta zorra te ha comprado sólo por tu cara bonita —dijo Lysis—. Es hermana de Nirman.

—Por eso te salvaron la vida. —lloriqueó la mujer.

—Entonces sabías lo que iba a suceder —dijo Ophyx ceñudamente.

Arphea hizo un gesto de asentimiento.

—Me comuniqué con mi hermano... Bueno, él me llamó a mí y... Pero yo accedí con la condición de que te perdonasen la vida... Si ahora se entera de que te has ido, es capaz de matarme...

—Arphea, tú no eres tonta —dijo el joven—. Ponte de acuerdo con Evrun y di que te envíe otro esclavo más o menos de mi edad. De ese modo, Nirman se sentirá tranquilo y no tomará represalias contra ti.

—Sí, sí, lo haré...

Lysis golpeó el hombro del joven.

—Anda, vamos ya —dijo ásperamente. Apuntó a la mujer con la mano de metal—. Cierra el pico o vendré un día y te romperé todos los huesos antes de destrozarte el pescuezo —amenazó.

—Espera un momento —pidió Ophyx—. Arphea, dime, ¿quién es el hombre de las tres cicatrices en la cara?

—Rillon..., es el hombre de confianza de Hosktun...

—Ya me extrañaba a mí no oír el nombre de ese bastardo —

gruñó el joven—. Cuando quieras, Lysis.

—Tengo una motoneta ahí abajo —dijo ella.

Lysis en persona se encargó de pilotar la máquina. Cuando ya estaban en vuelo, Ophyx preguntó:

—¿Adónde vamos ahora?

—Al hotel. Tengo que hablar con la dueña.

—La dueña está muerta.

—La vi hoy y tú no puedes saber...

—Yo me refería a la dueña auténtica, no la doble, pero ya te lo explicaré por el camino.

Ophyx lanzó una maldición.

—No entiendo. ¿Cómo consiguieron descubrirme? —exclamó

—Alguien te traicionó, no me cabe duda —dijo Lysis.

—No puede ser. Sólo tú sabías que yo estaba en Phiz-Err.

—Y la gorda que, según tú, se hace pasar por la dueña del hotel y gobernadora del planetoide.

—No, no del todo, por lo menos. La doble no podía saber en absoluto adónde íbamos.

—Entonces, os siguieron.

—Tampoco. Estoy seguro de que llegamos allí sin ser vistos...

—Bueno, ya aclararás ese enigma en otra ocasión. De momento, vamos a hablar un momento con la gorda. Después, veremos lo que se debe hacer.

—Viajar a Kong-Loo —dijo él.

—¿Kong-Loo? —repitió Lysis —. Nunca he oído hablar de ese lugar.

—Tendrá noticias en otro momento. Cuando ayer me capturaron...

—¡Ayer! —se sorprendió la joven.

—Sí, ayer...

—Ocurrió hace una semana, Ophyx.

—Una semana —repitió él, perplejo—, ¿Tanto tiempo he permanecido inconsciente?

—Según parece, así ha sido. Y mientras, yo, consumiéndome de ansiedad, porque desconocía tu paradero. Hoy fui a la subasta del mercado de esclavos, porque ya no sabía qué hacer, y figúrate mi sorpresa cuando vi que ibas a ser vendido y nada menos que a esa vieja bruja de Arphea.

—Por lo visto, la conocías.

—Sí, estuvo en varias ocasiones en Dreón, aunque, hasta ahora, no habíamos tenido el placer de tratarnos personalmente —contestó Lysis con sarcasmo.

—Seguramente, hablará...

—No lo creas. Teme a su hermano como si fuese la peste. Además

se consolará pronto. No eres el único esclavo joven y bien parecido y, a fin de cuentas, a esa ansiosa sólo le interesa tener un macho en la cama.

Ophyx se echó a reír.

—En tal caso, te diré que me has salvado de un destino peor que la misma muerte —contestó.

CAPÍTULO VI

—Tú no te llamas Enarda —acusó Ophyx sin más rodeos—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

La gorda estaba lívida. Bastaba ver su rostro para saber que era cómplice de los asesinos de Enarda.

—No..., no quiero decirlo...

Lysis se acercó a la mujer y la miró con ojos llameantes. De pronto se volvió, agarró un florero de cristal tallado y lo estrujó, hasta convertirlo casi en polvo de vidrio.

—Habla —ordenó.

Chorros de sudor corrían por las adiposas mejillas de la mujer.

—Es..., se llama Rillon...

—Eso ya lo sabemos. ¿Dónde está ahora?

—Si lo digo, me matará...

Lysis destrozó otro florero, gemelo del anterior.

—Enarda había puesto su confianza en ti y tú la traicionaste —dijo—. Habla de una maldita vez...

—Pero todavía no nos ha dicho su nombre —alegó Ophyx.

—Hatta... Rillon tiene casa propia, pero siempre está muy vigilada...

—¿Dónde? —preguntó Lysis, inflexible.

—En la Tercera Perspectiva... Tiene allí un centro de comunicaciones privado, muy potente... Pertenece a Hosktun, el comerciante... El número de la casa es el ochocientos dos...

La mano de hierro de Lysis se cerró sobre el mantecoso brazo izquierdo de la mujer.

—Hatta, Enarda ha muerto y no dejó herederos. Disfruta de su negocio y de su cargo, y aprovéchate mientras puedas. Guarda silencio y no digas que has hablado con nosotros, o vendré aquí a triturarte todos los huesos y convertirlos en polvos de calcio para alimento de perros depauperados. ¿Lo has entendido?

—Callaré, callaré...

—Espera un momento —terció Ophyx, Enarda me dijo que Hosktun quería comprarle Phiz-Err y el cargo.

—¿Y...?

—Hatta, si Hosktun repite esa propuesta, vende y acepta el dinero que te pague.

—Pero así, Hosktun se convertirá en el dueño de Phiz-Err... —exclamó Lysis, atónita.

—¿Tiene validez una operación comercial, firmada por alguien que no es el legítimo dueño?

—Comprendo —asintió la muchacha—. El planetoide, en tal caso, revertirá a la Federación.

—Así lo exigen las leyes, puesto que Enarda ha muerto sin sucesión legítima. Y ahora, vámonos, porque hemos de prepararnos para hacer la visita a Rillon. Hatta...

—¿Sí? —suspiró la gorda.

Ophys se puso un dedo en los labios.

—Mantén la lengua quieta y te convertirás en una mujer rica. Has ayudado a Hosktun, pero eso no te da seguridad de supervivencia. Tenlo en cuenta, ¿comprendes?

Hatta asintió en silencio. Ophyx tiró de la joven hacia la puerta.

—¿Y ahora? —preguntó ella, después de salir.

Los ojos de Ophyx brillaban de furia.

—Enarda quería que matase a Hosktun. Ahora veo que tenía toda la razón del mundo.

—Hosktun no está en Phiz-Err.

—Lo sé. Pero Rillon nos podrá dar informaciones sobre su paradero y, lo que es mejor todavía, sobre sus proyectos.

—¿Cuándo atacamos?

—Mañana por la noche. Tengo que preparar algunas cosas...

—Ophyx, hay algo que se llama dinero y de lo cual yo ando muy escasa —adujo Lysis.

El joven sonrió.

—Tengo crédito en Phiz-Err, no te preocupes —contestó.



La casa estaba construida con sólidos bloques de piedra artificial y se hallaba rodeada por un pequeño jardín, cuya vegetación aliviaba considerablemente la severidad de líneas del edificio. Parado ante la puerta de la casa, con la mano en la culata de su pistola de luz sólida, un individuo vigilaba atentamente, con todo el aspecto de un perro de presa, dispuesto para atacar en cualquier momento.

—Le conozco —murmuró Ophyx—, Fue uno de los que asaltaron el escondite de Enarda.

—¿Cómo piensas eliminarlo? —preguntó Lysis.

Estaban en una zona oscura, donde no podían ser vistos. Ophyx llevaba una bolsa pendiente del hombro izquierdo. La abrió y sacó algo parecido a una pistola, con el cañón muy ancho y un visor desusadamente grande.

Presionó un botón y una pequeña esfera, situada en la parte alta de la culata se iluminó instantáneamente. Luego, Ophyx levantó el arma, apoyó el cañón en el codo izquierdo y tomó puntería

cuidadosamente.

Ella le vio apretar el gatillo, pero no ocurrió nada. Ophyx bajó el arma y volvió a guardarla en la bolsa.

—Ya está —dijo.

—¿Qué le has hecho? El tipo sigue en pie...

—Su mente ha quedado anulada para unas cuantas horas —contestó él.

—Entonces, está sin conocimiento...

—Puede ver y oír, pero no puede mover un solo músculo ni lanzar el menor grito de aviso. Vamos.

Corriendo en silencio, atravesaron el jardín y llegaron a la puerta. Ophyx cogió al centinela en brazos y lo apartó a un lado. Luego sacó de la bolsa algo parecido a un lápiz, cuyo extremo situó junto a la cerradura.

Esperó unos segundos. La cerradura se convirtió en humo.

Ophyx empujó la puerta suavemente. Asomó la cabeza y oyó una voz:

—El capitán Aventura ha sido vendido como esclavo. Ya no nos molestará más, señor.

—¿Seguro, Rillon?

Sonó una risita.

—Señor, ¿quiere que le diga quién es la dueña de Ophyx?

—La zorra de mi hermana, sin duda.

—Así es, señor. Ya no debe temer nada de ese capitán de opereta. La señora Arphea se encargará de él durante unos cuantos años.

—Está bien, Rillon. ¿Qué hay de la chica?

—Lo siento, señor. Perdimos su pista y estamos buscándola...

—¡Es preciso que la encuentres cuanto antes! —rugió el otro individuo—. La necesito en Dréon a la mayor brevedad posible, ¿me has entendido?

—Sí, señor. Haremos todo lo que sea posible...

—Y lo imposible también, Rillon.

—Está bien, señor...

—Eso es todo. Llámame mañana a la misma hora. ¡Y con buenas noticias!

La comunicación se cortó. Ophyx se dijo que instalar en la superficie de Ophyx una emisora hiperespacial no había debido de costar ingentes sumas de dinero, pero esto, añadió para sus adentros, era cosa que no preocupaba demasiado a Hosktun.

Avanzó un poco más. Lysis le siguió. De pronto, un hombre apareció ante ellos.

El sujeto se sobresaltó. Llevaba una pistola al cinto y trató de sacarla. Lysis actuó con sorprendente rapidez y movió de revés la mano derecha.

Se oyó un horrible crujido de huesos. El esbirro se desplomó fulminado, con el rostro destrozado por aquel golpe propinado con una mano de metal.

El golpe y la caída subsiguiente hicieron ruido. Rillon lo oyó y salió alarmado del cuarto de comunicaciones. Antes de que pudiera hacer nada, la mano de Lysis se había cerrado ya sobre su cuello.

* * *

Rillon se quedó quieto en el acto. Gotas de sudor aparecieron en su frente. Ophyx contempló aquel rostro con sus cicatrices y trató de dominar los deseos que sentía de matarlo allí mismo.

—Haz que entre de nuevo, Lysis —ordenó.

Ella empujó a Rillon. El esbirro no se resistió.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó.

Ophyx no contestó. Con ojos perspicaces, estaba observando el interior del cuarto de comunicaciones, tan bien equipado como si tuviese que funcionar a bordo de una astronave.

—A Hosktun le gusta hacer bien las cosas —comentó—. Lysis, pregúntale dónde podemos encontrar a ese hijo de perra.

—Ya has oído —dijo la muchacha—. Contesta, Rillon.

—Lo siento... Yo no puedo...

La mano metálica de Lysis se elevó, situándose sobre la frente de Rillon, de modo que el dedo medio y el pulgar se apoyasen en sus sienes. Luego hizo un poco de presión.

—Responde o te hundo los parietales —amenazó.

Los ojos de Rillon voltearon agónicamente. Aquellos dedos le producían un dolor lacerante y creyó que su cerebro era traspasado por una barra de hierro ardiente.

—Está en... Eden-Aster...

—Nunca he oído ese nombre —declaró Ophyx—. ¿Qué significa?

—Es su... satélite privado... Nunca está en un sitio fijo...

—Hosktun es lo suficientemente astuto como para no permanecer demasiado tiempo en un mismo lugar —dijo Lysis—. Ha alcanzado la suficiente potencia como para dirigir sus operaciones comerciales, y las que no lo son, desde un puesto de mando móvil, sin necesidad de actuar personalmente.

—Es posible —respondió el joven—. Sin embargo, hay un medio de saber la última posición de Eden-Aster.

—¿Cuál, Ophyx?

El joven no contestó. Acababa de escuchar pasos y se precipitó hacia la puerta.

Un hombre hizo su aparición. Sorprendido, tardó algunos

segundos en reaccionar. Ophyx le asestó un terrible puñetazo en el estómago y el sujeto se sentó en el suelo.

Rillon intentó moverse. Lysis apretó los dedos.

—¡Quieto! —gritó.

El esbirro se inmovilizó. En aquel instante preciso, el otro sacó su pistola de luz sólida y apretó el gatillo.

Ophyx vio el gesto demasiado tarde y golpeó con su pie el arma, desviándola una fracción de segundo antes de que brotara la descarga. El chorro de luz blanquísima, deslumbrante, alcanzó de lleno a Rillon.

Lysis saltó a un lado. Rillon se había convertido en una masa de carbón, que despedía un hedor insoportable. Ophyx repitió el puntapié y esta vez alcanzó la sien del esbirro, que se desplomó sin sentido.

Lysis se quejó con palabras poco académicas.

—Maldita sea... Este perro ha muerto sin decirnos donde está Eden-Aster...

Ophyx enarcó las cejas.

—Para ser una princesa, usas un lenguaje harto liberal —observó, un tanto perplejo—. Pero ese inconveniente tiene una fácil solución —añadió.

Encima de la consola de comunicaciones había un libro de tapas gruesas. Ophyx se apoderó de él, lo hojeó breves instantes y luego, satisfecho, lo metió en la bolsa.

—Es el libro de claves de comunicaciones de Rillon con Eden-Aster —explicó.

—Entonces, podremos engañar a Hosktun —dijo ella, entusiasmada.

—Mejor todavía: tenemos las coordenadas de Eden-Aster para los próximos seis meses, tiempo terrestre.

—¡Estupendo! ¿Y ahora, Ophyx?

El joven sacó algo de su bolsa y lo puso sobre la consola. Dio media vuelta a un interruptor y tiró de la joven hacia la puerta.

—A Hosktun le va a costar la broma un montón de dinero —dijo—. ¿Tienes idea de lo que vale una central de comunicaciones hiperespaciales?

—No; pero no creo que eso le importe demasiado a ese pajarraco —contestó ella.

—Estás equivocada. Hosktun es terriblemente tacaño y cada moneda que pierde le duele tanto como un diente extraído sin anestesia. Bueno, vámonos; apenas tenemos sesenta segundos antes de que la casa salte por los aires.

Echaron a correr y subieron a la motoneta, que se elevó en el aire inmediatamente. Esta vez, conducía Ophyx.

—¿Puedo saber adónde vamos ahora? —preguntó la muchacha.

—Puedes. Regresamos al bote que nos trajo a Phiz-Err, en el que

tengo algunos elementos de repuesto, entre ellos un par de relojes de pulsera.

—Yo tengo el mío, no me hace falta otro.

—Los míos son especiales. Permiten la comunicación con la *Aventura,* esté donde esté, y, además, son elementos esenciales para el teletransporte. El mío desapareció cuando Rillon me narcotizó; de lo contrario, no me habrían vendido como esclavo.

—Está bien. ¿Vamos a volver antes a tu nave?

—No, pero hablaré con Cach y le daré nuevas instrucciones —respondió él.

—¿Y después?

—A Kong-Loo, para entrevistarnos con Ivhor —dijo Ophyx resueltamente.

CAPÍTULO VII

El viento rugía desagradablemente, mientras ascendían con dificultad por la dura pendiente que conducía a la cumbre de la montaña, en la cual se hallaba la residencia de los peregrinos. Era un edificio enorme, de sólida piedra, con numerosas ventanas, aunque todas muy pequeñas. Kong-Loo era un lugar más bien repulsivo, pensó Ophyx, envuelto en pieles, como Lysis. Además del viento, caían numerosos copos de nieve y la temperatura estaba a una docena de grados por debajo de cero.

La nave de transporte pequeña había quedado al pie de la montaña. Ophyx se había comunicado previamente con Ivhor, quien le había participado la absoluta prohibición de que los ingenios mecánicos se aproximaran a la residencia a menos de tres kilómetros. Por tanto, habían tenido que cubrir aquel trecho a pie, aunque, por fortuna, Ophyx, con la experiencia suficiente, disponía de un bien surtido guardarropa, en el que había indumentaria para toda clase de ambientes.

Al cabo de casi una hora, llegaron ante un enorme portón de madera, al lado del cual se veía una cadena con una anilla. Ophyx tiró de la anilla y en el interior del edificio se oyeron los musicales tañidos de un gongo gigantesco.

A los pocos momentos, se abrió una mirilla. Dos ojos les escrutaron con notoria desconfianza.

—¿Quiénes sois?

—Estamos citados con su Magnificencia, el Peregrino Mayor —contestó el joven—. Ella es Lysis de Dreón; yo soy Ophyx de Krankald.

—Está bien, pasad.

La puerta giró a un lado y los recién llegados se encontraron en un espacioso vestíbulo, del que partía una enorme escalinata, alfombrada en rojo, y que se dividía en dos ramales, que luego desaparecían en el piso superior. El hombre que les había recibido vestía una especie de hábito monacal, en rojo oscuro, con una capucha que le tapaba la cabeza casi por completo. Una mano de dedos ganchudos asomó por la manga izquierda del hábito.

—Subid la escalera y esperad ante la puerta marcada con una mano de oro —indicó.

—Te damos las gracias, peregrino —dijo Lysis gravemente.

Una pareja descendió en aquel momento por la escalera. El vestía como el portero. Ella en cambio, joven, hermosa y de figura sumamente atractiva, apenas si cubría su cuerpo con unos trocitos de ropa, situados en los lugares adecuados.

—Vamos a iniciar una peregrinación de proselitismo —dijo el peregrino.

El portero asintió.

—Id con la suerte, hermanos —contestó, a la vez que abría la puerta.

La joven parecía como alucinada. Lysis respingó.

—¿Es que va a salir así al exterior, casi desnuda?

—El fuego que anima su espíritu hace innecesarios los ropajes, hermana —contestó el peregrino.

Lysis sacudió la cabeza.

—Se quedará tiesa de frío —dijo.

Ophyx la agarró por un brazo.

—Eso no es cuenta nuestra. ¡Vamos!

Subieron al piso superior y se detuvieron ante la puerta indicada. Lysis no pudo por menos de observar la posición de la mano de oro.

—¿Te fijas cómo está? —sonrió.

—No veo nada de particular...

—Esa mano está en posición de pedir. Todo un símbolo, ¿verdad?

Ophyx bajó la voz.

—En confianza, creo que estos tipos son unos aprovechados —musitó—. Pero si nos ayudan a conseguir nuestros propósitos, poco me importa lo que hagan, ¿entiendes?

—Sí, desde luego.

Ophyx llamó a la puerta. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió en dos hojas y una gran estancia quedó a la vista de los recién llegados.

—Entrad, hermanos —invitó Ivhor.



Ivhor estaba reclinado lánguidamente en un gran estrado, rebosante de almohadones, con la pared que había tras él forrada de espeso terciopelo rojo. Era un sujeto muy viejo, con el rostro lleno de arrugas, pero en cuyos ojos se apreciaba todavía una singular vitalidad.

En el centro de la estancia había un cuenco circular, de unos tres metros de diámetro, hundido en el suelo, y lleno de carbones encendidos, que daban calor sin humo. La temperatura allí era sumamente agradable, incluso excesiva, pensó Ophyx.

Avanzaron unos pasos. Ophyx y Lysis conocían ya el protocolo y se arrodillaron en el suelo, al pie del estrado, sentándose luego sobre sus talones. Esperaron a que Ivhor les dirigiese la palabra, según era prescrito.

—¿Qué deseáis de mí? —preguntó Ivhor tras una ligera pausa.

—Enarda, de Phiz-Err, nos recomendó a tu Magnificencia —respondió el joven.

—Ah, Enarda... Una buena amiga mía... ¿Su salud es buena?

—Ha muerto. La asesinaron.

Ivhor juntó las manos piadosamente.

—Tengan piedad de su alma los Diez Trillones de Quintillones de Espíritus Benignos, que nunca se cansan de amar a los humanos —dijo—. Envidiemos a Enarda, hermanos, que ya es uno de los Espíritus Benignos, por su caridad y virtud inagotables.

—Amén —respondió Ophyx.

Lysis contuvo con gran esfuerzo las ganas que sentía de soltar el trapo de la risa. Ivhor le parecía un embaucador, un pillo de siete suelas, pero, como era lógico, no podía decírselo, ya que esperaban su ayuda.

—Nosotros también seremos un día Espíritus Benignos —prosiguió Ivhor—, Mientras tanto, hemos de continuar sujetos a esta deleznable envoltura carnal, que tanto nos atormenta. Y ahora, hermanos, decidme, ¿qué deseáis de vuestro indigno servidor, en nombre de Enarda?

—Una patente de peregrino a mi nombre, Magnificencia deslumbrante —dijo Ophyx—, La mujer que me acompaña será la arrepentida que propagará, a mi lado, las infinitas excelencias de tu persona y tu pensamiento.

—El sostenimiento de la comunidad es muy caro. No pido nada para mí; si pudiera, viviría del aire, pero muchos de los hermanos tienen aún la fe muy débil y no se han despegado por completo de sus malignas costumbres.

—Estamos dispuestos a darte cuanto nos pidas, si ello entra en nuestras posibilidades. Pide, señor.

—Un millón de monedas —dijo Ivhor.

—No llevamos tanto dinero encima —declaró el joven—. Sin embargo, mi arrepentida puede firmarte un pagaré por la suma mencionada.

—¿Qué valor puede tener la firma de esa mujer?

—Es la firma de una princesa de Dreón —contestó Lysis orgullosamente.

—Oh, princesa...

—Hija de Ishawar —añadió ella.

Ivhor hizo un gesto de asentimiento.

—Me encuentro con una salud deficiente —manifestó—. Por mi parte, no tendría inconveniente en dejarme morir, para ser un Espíritu Benigno más, pero he de continuar guiando a mi comunidad. Llamaré a una de mis cuidadoras para que redacte el contrato.

—Gracias, señor. Te juro que no tendrás que lamentar habernos ayudado.

Ivhor movió una mano. La cortina que había a sus espaldas se movió y una hermosa joven, de largos y ondulados cabellos negros, apareció a la vista. La indumentaria consistía en dos trocitos de tela que cubrían malamente los senos, hermosos y redondos, y un triángulo del mismo tejido más abajo de la cintura.

—Assua, redacta un documento de débito, al portador, por un valor de un millón de monedas —ordenó Ivhor—. Lo firmará Lysis, princesa de Dreón.

La joven juntó ambas manos y se inclinó profundamente.

—Sí, mi señor —contestó.

—Haz que sirvan vino a mis huéspedes, una copa del vino especial que tomo yo para confortar mi espíritu —agregó Ivhor.

—Se hará como tu Magnificencia ordena.

Assua se retiró. Volvió el silencio.

Ivhor tenía los ojos cerrados y parecía entregado a profundas meditaciones. Lysis quiso decir algo, pero Ophyx le dio un codazo, a fin de hacerle observar una quietud absoluta.

Aquello era una estafa gigantesca, pensó Lysis. Ivhor era un aprovechado de la credulidad humana. Había fundado una religión muy peculiar, y lo peor de todo era que muchos se lo tomaban completamente en serio.

Assua reapareció minutos más tarde, con un documento en la mano. Detrás de ella vino otra atractiva muchacha, vestida de la misma forma, con una bandeja de oro puro en las manos. Las tres copas que había sobre la bandeja eran también de oro.

Lysis firmó el documento. Ivhor entreabrió los ojos.

—Bebed, hermanos.

La sirvienta se acercó con la bandeja. Sonreía encantadoramente.

Ophyx alargó la mano izquierda. Los ojos de la sirvienta vieron algo que la hizo sentir curiosidad.

—Tienes un anillo precioso —elogió.

Ophyx movió la mano izquierda. La piedra del anillo, tan gorda como la uña del dedo pulgar, emitió vivos chispazos.

—Es el sello de los Krankald —dijo—. Lo heredé de mi padre y un día, mi hijo lo heredará de mí.

—Gracias, señor.

Ophyx tomó la copa y bebió un buen trago. El vino era exquisito, perfumado, con sabor a especias exóticas. Ophyx sintió casi al momento un delicioso calorcillo en las venas.

—Entonces —dijo Lysis—, hemos de considerar que concedes a Ophyx la patente de peregrino.

Ivhor asintió.

—Mañana mismo, hoy descansaréis aquí, le entregaré el cordón con el sello, que le acreditará como perteneciente a esta comunidad y que le permitirá viajar libremente por todos los planetas y solicitar limosnas y hacer prosélitos para esta comunidad —contestó.

—Gracias, Magnificencia —dijo Ophyx—. Y ahora, si nos lo permites, nos retiraremos a esperar en nuestra nave.

Ivhor no dijo nada. Ophyx se puso en pie, pero, en el mismo instante, sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

Lysis emitió un débil gemido y cayó de costado. Ophyx creyó verse de pronto con la cabeza hacia abajo y los pies en el techo.

Demasiado tarde se dio cuenta de que el vino estaba drogado. Intentó gritar, pero el suelo ascendió hacia su rostro con vertiginosa rapidez. Antes de que su cara chocase contra el pavimento, ya había caído en una profunda inconsciencia.

✲ ✲ ✲

Despertó con un fortísimo dolor de cabeza, que, sin embargo, se disipó con sorprendente rapidez. Durante unos segundos, sólo se esforzó en recuperar la plena consciencia de sus actos. Al cabo de un breve espacio de tiempo, empezó a darse cuenta de lo que le sucedía.

Lo primero que pensó fue que habían sido narcotizados. Ivhor les había tendido una trampa. A cuenta de quién y por qué motivos, era algo que todavía no podía imaginarse.

Intentó moverse, pero entonces, con gran sorpresa, vio que estaba atado a un poste, y casi completamente desnudo. Sólo le quedaban unos pantalones cortos; el resto de su indumentaria había desaparecido.

Luego apreció que se hallaba en un lugar cubierto, de grandes dimensiones, en el que había una temperatura casi sofocante. Parecía una cueva gigantesca, calentada por métodos que no podía imaginar todavía.

En algunos huecos de la piedra ardían lámparas de aceite, lo que le permitió captar más detalles. Lysis estaba a su lado, igualmente atada a otro poste y con una estrecha banda de tela en torno a las caderas como toda indumentaria.

A su derecha, alguien se quejó de pronto. Ophyx volvió la cabeza y entonces vio algo horripilante.

Era demasiado espantoso. Comprendió que algunas personas, en determinadas circunstancias, encanecieran en horas o quizá en minutos. El hombre estaba también atado a un poste y casi enteramente cubierto por una masa de hilos blancos, gelatinosos, de un milímetro de grosor pero que, no obstante, parecían muy

resistentes.

El vientre del desgraciado aparecía hinchado. Algo palpitaba en su interior. Brotaba saliva sanguinolenta de su boca y corría por el mentón hasta su pecho.

Sin embargo, no podía moverse. Sólo emitía leves gemidos, que indicaban un sufrimiento indescriptible. Bruscamente, todo su cuerpo se agitó en una horrenda convulsión.

El vientre del desgraciado se abrió, dejando caer torrentes de sangre. Un ser repulsivo, negruzco, velludo, todavía mojado en sangre y líquidos orgánicos, apareció por la abertura.

Lysis emitió un estridente alarido. Sólo entonces se dio cuenta el joven de que ella había recobrado también el conocimiento.

—Dios mío, ¿qué es eso? —exclamó la muchacha.

Ophyx inspiró con fuerza. La cosa que había salido del vientre del otro individuo estaba en el suelo, moviéndose con indudable torpeza. Era evidente que se trataba de un ser recién nacido y que aún tardaría en conseguir la natural facilidad de movimientos de los de su especie.

—Son arañas gigantes —dijo Ophyx—. Cuando capturan a sus presas, las inmovilizan con un aguijonazo anestésico y luego ponen un huevo en el cuerpo de la víctima. Así, la cría, al nacer, tiene donde alimentarse cierto tiempo, antes de considerarse apta para salir al exterior.

Lysis sintió deseos de echarse a llorar.

—¿Eso... es lo que nos va a suceder?

Ophyx no pudo contestar. Algo húmedo y viscoso acababa de posarse en su brazo derecho. Volvió la cabeza y entonces divisó a la araña adulta, a quince pasos de distancia, que se disponía a envolverle con sus hilos antes de clavarle el aguijón fatídico.

CAPÍTULO VIII

Durante unos segundos, Ophyx no pudo hablar, sumido en un magma de horror y repulsión indescriptible. El arácnido, de color rojo oscuro, tenía el cuerpo tan grande como el de una gallina terrestre y la pata más corta no medía menos de sesenta o setenta centímetros de largo.

Poseía dos ojos facetados, de brillo apagado en aquellos momentos. Ophyx se dio cuenta de que el artrópodo se hallaba concentrado en la producción de hilos. En cierto modo, era inteligente, ya que sólo si inmovilizaba previamente a su presa, podría clavarle el aguijón sin temer a reacciones perniciosas.

Otro hilo se enroscó en torno a su pierna. Ophyx intentó soltarse las ligaduras, pero eran demasiado fuertes y no consiguió nada.

El cuerpo se le cubrió de un sudor frío al pensar en lo que le sucedería cuando la araña le hubiese clavado el aguijón. Estaría inmóvil, pero sentiría cómo le abrían el vientre y depositaban en su cuerpo el huevo del que debía nacer otro de aquellos horrendos seres. Entonces podría considerarse definitivamente perdido.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—¡Lysis, tu mano de hierro! Suéltala, rápido...

El cerebro de la muchacha podía proporcionar a la mano artificial una potencia increíble. Ella se concentró, a la vez que tensaba los músculos de su brazo.

Ophyx notó que se le pegaban dos hilos más. De pronto, oyó un chasquido.

—¡Ya está! —gritó ella.

—Suelta mi brazo izquierdo; eso es lo que importa ahora —dijo Ophyx.

Lysis estiró la mano de hierro, agarró la cuerda que rodeaba al joven en aquel lugar y dio un fuerte tirón. Entonces, Ophyx cerró el puño y apuntó al arácnido con la piedra del anillo familiar.

Al mismo tiempo, presionaba con la yema del dedo medio en el aro de oro. Un delgadísimo rayo de luz blanca brotó de la piedra y alcanzó de lleno el cuerpo de la araña.

El monstruo rebotó violentísimamente, voló un poco por los aires, se estrelló contra la pared opuesta de la cueva y cayó al suelo, en donde se quedó inmóvil. Los hilos de seda que ya rodeaban buena parte del cuerpo de Ophyx empezaron a desprenderse.

—Ahora podremos soltarnos —dijo ella.

Continuó rompiendo cuerdas. Al terminar, se acercó al joven.

—¿Por qué nos ha traicionado Ivhor? —preguntó.

—No lo sé, aunque es fácil suponérselo. ¿No eres capaz de imaginártelo?

—El largo brazo de Nirman, ¿eh?

Ophyx asintió.

—Llega a todos los sitios, pero un día se lo cortaremos —dijo ceñudo.

Miró al hombre muerto, desventrado, con la cabeza doblada sobre el pecho. La araña recién nacida mostraba aún dificultades para moverse y al quedar suelto, Ophyx arreó al animal un terrible puntapié, lanzándolo a veinte metros de distancia.

—No se lo perdonaré nunca —dijo rabiosamente—. Comprendo que me hubiese dado muerte por otro método, incluso empleando veneno, pero tratar de quitarme de en medio de una manera tan horrible...

—Te refieres a Ivhor, supongo —contestó ella.

—¿Puedo pensar en otro en estos momentos?

—Tal vez no, pero antes de pensar en la venganza, deberías pensar en la forma de librarnos de otros arácnidos —dijo Lysis.

Ella tenía el brazo izquierdo extendido hacia un punto. Ophyx giró la cabeza y sintió que la sangre se le helaba en las venas.

A unos treinta metros, en un túnel que no medía más de dos de anchura, se veían los ojos fosforescentes de media docena de arañas gigantes, que parecían dispuestas a lanzarse al ataque contra unas presas que se les ofrecían apetitosamente.

* * *

Lysis gritó primero y luego pidió algo a su acompañante:

—¡Ophyx, el rayo de tu anillo familiar! —dijo.

—Imposible —contestó él—. Acumula energía procedente del cuerpo humano, pero es un proceso muy lento y dura horas enteras. Es un arma de emergencia solamente, ¿comprendes?

—Entonces, ¿hemos de dejar que nos devoren?

Ophyx miró a todas partes en busca de un arma. Lo único que había eran varios postes hincados en el suelo. En dos de ellos pendían sendos esqueletos, de víctimas que habían muerto mucho antes.

—Los postes —exclamó.

Lysis comprendió en el acto y corrió hacia el poste en el que había estado atada. Forcejeó un poco y consiguió arrancarlo.

—¡Ahí va, Ophyx!

El joven agarró el palo al vuelo. Medía más de dos metros de largo y tenía casi quince centímetros de grosor. Empuñándolo como si fuese una lanza, se dispuso a rechazar el inminente asalto de los

arácnidos.

Pero no fue necesario. Inesperadamente, se abrió una puerta en alguna parte. Una mujer apareció, con una pistola de luz sólida en la mano, y empezó a disparar contra las arañas. La atmósfera se tornó nauseabunda, pero el peligro había sido conjurado.

Ophyx y Lysis se quedaron atónitos ante el socorro que les había llegado de forma tan sorprendente. La desconocida les miró con fijeza durante un segundo.

Era una mujer joven, de unos treinta y cinco años, morena, de piel color canela, hermosa, vestida con una especie de mono muy ajustado a su cuerpo de curvas rotundas. A Ophyx se le hacía imposible comprender las razones que había tenido aquella mujer para socorrerles en el momento más crítico.

—¡Venid! —dijo ella bruscamente.

Ophyx agarró la mano de la muchacha. Los dos siguieron a la desconocida, que les guió por un dédalo de pasadizos excavados en la misma roca, hasta una habitación agradablemente decorada, en la que ardía un buen fuego.

—Supongo que habéis pasado un mal rato —dijo sonriendo.

—Imagínate —contestó Ophyx—. Pero, ¿por qué...?

—Luego os lo explicaré —atajó ella—. Será mejor que toméis un poco de vino.

—¡Vino! —respingó Lysis.

—No está narcotizado.

La mujer llenó dos copas de vidrio y las puso en manos de sus huéspedes. Luego dijo:

—Me llamo Thruvia. Llevo aquí bastante tiempo, con mi hijo, bajo la protección de Ivhor. Pero sospecho que esa protección ha terminado ya.

—¿Por qué? —preguntó Ophyx.

—Ivhor trató de eliminaros. No creo que tarde mucho en romper el pacto que hizo con tu padre, Lysis.

—¿Un pacto? —dijo la muchacha, extrañada—. No tenía la menor noticia... Mi padre jamás mencionó nada...

Thruvia sonrió.

—Tenía motivos para ello —manifestó—. Os enseñaré algo, pero, por favor, no hagáis ruido. Está durmiendo.

Thruvia se acercó a unas cortinas que había en el fondo de la estancia y las apartó ligeramente. Ophyx y la joven pudieron ver a un niño que dormía apaciblemente, sobre un blando lecho, cubierto con cálidas pieles.

—Es mi hijo —declaró Thruvia, a la vez que dejaba caer las cortinas nuevamente—, Y también tu hermano, Lysis, porque es hijo de tu padre Ishawar.

* * *

Lysis ahogó un ligero grito de sorpresa. Ophyx frunció el ceño.

—Me parece que empiezo a comprender —murmuró.

Thruvia le miró y sonrió.

—Eres listo, capitán —dijo—. Aquí está el motivo por el cual Ishawar tenía que acceder a todo lo que le pedía Nirman. Por supuesto, Nirman lo ignoraba, hasta que se lo reveló Hosktun, el mercader.

—Siempre ese hombre —murmuró Ophyx rabiosamente.

—Pero tener un hijo no es deshonroso —alegó la muchacha.

—¿No? —Thruvia rió sarcásticamente—. Vosotros, los de Dreón, presumís siempre de vuestra sangre noble. Si la historia se hubiese sabido, habría habido en la corte un terrible escándalo. Ishawar, unido a una plebeya y con un bastardo... Conoces bien la historia y las leyes de Dreón para saber que eso le hubiera costado el trono.

—Ishawar era un hombre débil —calificó Ophyx—. Yo habría abandonado el trono por seguirte, Thruvia.

Ella hizo una gentil inclinación de cabeza.

—Gracias, pero débil o fuerte, yo le amaba y le hice padre de un hijo, y no me avergüenzo de ello. Aunque a ti te sepa a cuerno quemado, Lysis.

La muchacha se enderezó.

—A mí no me importa el escándalo —repuso.

—Muy bien, pero el peligro continúa. Ahora te consideran muerta, pero saben que mi hijo puede ser un día un peligro para sus proyectos. A fin de cuentas, tampoco Nirman es de sangre real. Mi hijo podría reinar algún día... si tú fallecieras, Lysis, naturalmente.

—Si recupero el trono, tu hijo será considerado príncipe de sangre real —contestó Lysis.

—Dejémonos ahora de problemas dinásticos —propuso Ophyx—. Lo importante es: ¿cómo podemos salir de aquí?

—Espera un momento —pidió la muchacha—. Thruvia, ¿cómo viniste a parar a Kong-Loo?

—Hubo un tiempo en que Ivhor era el mejor amigo de tu padre, a pesar de que siempre fue un granuja. Un día le dio por establecerse aquí y fundar esta disparatada secta, con la cual se enriquece escandalosamente y que le permite, además, disfrutar de toda clase de placeres, pese a los sermones que constantemente está pronunciando contra las debilidades del cuerpo. Pero ahora todo ha cambiado, no sé por qué.

—Yo me lo imagino fácilmente —dijo Ophyx—. Sin duda, ha hecho un pacto con Nirman.

—Entonces, el contrato que yo firmé es nulo —arguyó Lysis—. Él sabía que no podría pagarle...

—Quería ganar tiempo, simplemente, mientras preparaba el narcótico.

—De modo que cambió... —murmuró Ophyx—. Algo tuvo que influir en ese cambio, ¿no?

—Hosktun envió una vez a uno de sus más fieles empleados —explicó Thruvia—. Ignoro de qué hablaron, pero sospecho que Hosktun, entre otras cosas, le prometió la propiedad plena de Kong-Loo e inmunidad total. A cambio de los informes que millares de peregrinos recopilan constantemente en sus viajes limosneros. Es una red de espionaje como pocas y a Hosktun le interesaba disponer de ella.

—Listillo, el chico —comentó Ophyx irónicamente—. Pero volvamos a lo de antes; ¿cómo salir de aquí?

Repentinamente, Thruvia se puso un dedo entre los labios. Luego se acercó a la puerta.

—Viene alguien exclamó.

La puerta de la estancia se abrió bruscamente y un hombre, armado con una larga espada, apareció a la vista.

Thruvia se irguió majestuosamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Quién te ha dado permiso para entrar en mis habitaciones?

El hombre sonrió, a la vez que agitaba la espada.

—Este es mi permiso —dijo.

—Vienes a matarme.

—Me lo han ordenado.

—¿Cuánto te pagan?

—¿Te importará cuando estés con los Espíritus Benignos? —rió el sicario.

Dio un paso hacia adelante y levantó la espada. En el mismo instante, Lysis, surgiendo a su espalda, golpeó de revés con la mano de hierro.

Se oyó un horrible crujido. El cráneo del esbirro se partió como si fuese la cáscara de un huevo. El sujeto cayó fulminado.

Ophyx saltó hacia adelante y se apoderó de la espada, que blandió un par de veces, para comprobar su peso y su equilibrio.

—Un arma magnífica —elogió. Luego clavó la vista en el rostro de la mujer—. ¿Y ahora?

—Os lo dije —contestó Thruvia—. Ivhor ha roto el pacto que estableció con Ishawar.

—Nosotros no tenemos ningún pacto con él, ¿verdad, Lysis?

—Salvo un pagaré por un millón de monedas —contestó la muchacha.

—Ese documento no vale ni el papel en el que está escrito —Ophyx se volvió hacia Thruvia—. ¿Por dónde se va a las habitaciones de Ivhor? —consultó.

—Yo te guiaré —respondió Thruvia.

—Tu hijo…

—Está bien protegido, no te preocupes —Thruvia sonrió—. Cualquiera que intente acercarse a su lecho, resultará abrasado por la barrera de energía que cierra todos los accesos.

—A ti no te pasó nada —recordó Lysis.

—Naturalmente, soy su madre. La barrera está conectada a nuestras dos fórmulas moleculares. Podemos traspasarla a voluntad en ambos sentidos, pero… Venid, os guiaré a las habitaciones privadas de ese puerco traidor.

Thruvia echó a andar con paso firme y los dos jóvenes la siguieron sin vacilar.

CAPÍTULO IX

—Puedes estar tranquilo, señor. El capitán Aventura y su bella acompañante ya no te causarán ninguna molestia.

—¿Seguro, viejo réprobo? —preguntó Hosktun.

—Soy criador de arañas vivíparas —rió Ivhor—. Tengo un «*gallinero*» especial y los llevé allí, narcotizados. Supongo que habrán despertado ya, sólo para saber que llevan un huevo en el vientre, del que nacerá otra araña...

—Basta, no me interesan tus nauseabundas explicaciones. ¿Has liquidado a la mujer y al hijo?

—Uno de mis hombres de confianza está ocupándose del asunto en estos momentos, señor. Muy pronto tendré el placer de darte noticias satisfactorias al respecto.

—Está bien, aguardaré.

—No cortes la comunicación, señor —solicitó Ivhor.

Y, en el mismo instante, sintió en el cuello la presión de un objeto puntiagudo.

Volvió la cabeza. Ophyx sostenía la espada con la mano derecha, a la vez que, con la izquierda, hacía señas de que guardase silencio. La frente del sujeto se cubrió de sudor instantáneamente.

Lysis, de puntillas, se acercó a Ivhor.

—Dile que Thruvia y su hijo están muertos —cuchicheó—. Si pronuncias una palabra sospechosa, date por muerto.

Ivhor asintió. La espada continuaba apoyada en su cuello. No comprendía cómo Ophyx y la muchacha habían podido librarse de las arañas vivíparas, pero lo cierto era que estaban allí y que Thruvia les había servido de guía para llegar hasta el más secreto de sus aposentos, aquel en el que nadie entraba jamás sin su permiso.

—Hosktun... —llamó ahogadamente.

—¿Sí, Ivhor?

—La mujer y su hijo están muertos.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Eso es todo.

Afortunadamente, pensó Ophyx, el sistema de comunicaciones de Ivhor era un tanto anticuado, ya que no disponía de canal de televisión. Por tanto, Hosktun no había podido verles.

Lysis alargó la mano y cerró el contacto. Luego dio un empellón a Ivhor.

—Maldito traidor —le apostrofó, hirviendo de ira.

Ophyx alargó la mano libre.

—Cálmate —rogó—. Ivhor, ¿dónde está Hosktun ahora?

—No lo sé... Nunca me lo dice... Mi transmisor carece de detector

direccional... El no quiso nunca instalarlo, cuando me lo envió, y me dijo que si yo montaba uno de esos detectores, lo sabría en su próxima comunicación y acabaría conmigo...

La voz de Ivhor temblaba de tal modo que apenas si se le podía entender. Pero a Ophyx se le antojó que Ivhor, aun sintiéndolo, exageraba notablemente el miedo que sentía.

Se puso en guardia. No debía dejarse engañar por un sujeto enormemente astuto y con capacidad para innumerables ardides.

—Está bien, no importa —dijo—. Yo sabré dónde encontrarlo.

De repente, Ivhor dio un salto hacia atrás y lanzó un agudo chillido. Alargó la mano derecha y buscó algo en una consola.

Thruvia retrocedió instintivamente y, al hacerlo, empujó a Lysis, que perdió el equilibrio parcialmente. Cuando lo recobró, Ivhor empuñaba ya una pistola de luz sólida.

En los ojos del sujeto brillaba un resplandor homicida. Pero no pudo hacer un solo disparo.

La espada de Ophyx volaba ya, como un fugaz relámpago de plata. El filo era de navaja de afeitar, y cortó el cuello del granuja como si hubiera sido de blanda mantequilla.

Thruvia volvió la cabeza a un lado. Ophyx bajó la espada.

En el suelo, los pies del decapitado cuerpo de Ivhor se movían en una repiqueteante danza macabra. Pero casi de súbito, cesaron todos los movimientos de aquel organismo, privado ya de su cerebro motor.

La cabeza había ido a parar a un rincón, y los ojos tenían ahora un brillo mortecino. Ophyx limpió la espada con una cortina.

—Asunto concluido —dijo.

—Cuando se conozca la noticia, se producirá una gran conmoción en la residencia —manifestó Thruvia.

—¿Habrá un motín contra nosotros?

Thruvia hizo un gesto negativo.

—No, pero sí sobrevendrá un estado de anarquía, inevitable en estas circunstancias. Ivhor había reunido gran cantidad de riquezas...

—En resumen, su religión era una estafa en todos los sentidos —rió el joven.

—Puedes asegurarlo —contestó Thruvia.

—En tal caso, lo mejor será que vengas con nosotros —propuso Lysis—. Cuando en un lugar desaparece el orden, por las causas que sean, las gentes no están seguras y les puede ocurrir cualquier cosa.

Thruvia alzó las cejas.

—Ah, quieres que vayamos con vosotros, yo, la amante de tu padre, y mi hijo, su bastardo...

—Las generaciones actuales pensamos de otro modo —contestó Lysis.

—Tu padre no era tan viejo.

—Lo sé, pero ello no basta para que sintiese demasiado apego a ciertos convencionalismos, que le impidieron legalizar vuestra unión. No pretendo que mi hijo sea rey, nunca lo pretendí, pero, al menos, tengo derecho a que ostente un apellido.

—Tendrá ese apellido —afirmó Lysis—. A mí, esos convencionalismos me dejan fría.

—Sobre todo, si te miramos tal como estás —rió Ophyx.

La muchacha lanzó un pequeño grito. Todavía estaba con la misma indumentaria que en el momento de ser atada al poste en la cueva de las arañas gigantes.

—Los tiene preciosos —dijo Thruvia maliciosamente—. Pero yo os daré ropas. Seguidme, por favor.

Mientras caminaban, se volvió hacia el joven.

—¿Cuándo partimos, capitán? —inquirió.

—Ahora mismo —respondió Ophyx.

* * *

—Cach, abandona tu posición. Necesito que te sitúes ahora en las coordenadas cuatro cuatro uno cero dos, tres siete siete siete. Inmediatamente, ¿me entiendes?

—Orden comprendida. Ejecución imposible —respondió la computadora.

Ophyx, en la cabina de mando de la nave auxiliar, se quedó perplejo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Averiados los sistemas tres y dieciséis cero cinco, de orientación hiperespacial. Trato de repararlos. Informaré cuando esté listo para cambiar de posición.

—Cach, maldita sea —gritó el joven—. Esos sistemas no se pueden averiar y menos al mismo tiempo. Tienen duplicados de emergencia...

—Duplicados inutilizados por exceso de consumo. Se produjo una transferencia de energía, debido a un exceso de sobrecarga, y los duplicados citados han quedado fuera de uso.

Ophyx golpeó el panel con el puño cerrado.

—Eso no puede ser, Cach...

—Siento dar malas noticias. Circuitos secundarios averiados por impacto de meteorito. Excesivo consumo de energía redujo potencia escudos protectores contra meteoritos. Trato de reparar averías. Informaré cuando todo esté en orden. Comunicación terminada, señor.

El joven se quedó atónito.

—Pero, por todos los diablos, cualquiera diría que mi nave se ha

convertido en un cascajo.

—Y eso que una vez dijiste que no había otra tan perfecta —exclamó Lysis irónicamente.

—La máquina siempre será una máquina y nunca tendrá las características de raciocinio del ser humano —dijo Ophyx de mal talante.

—Bien, ¿y qué vamos a hacer, si Cach no puede traer la *Aventura* hasta donde nos encontramos?

Los dedos de Ophyx tabaleaban nerviosamente sobre el tablero de instrumentos.

—Este bote sólo sirve para distancias planetarias. Por tanto, y dada nuestra posición, es obvio que no podemos viajar a Dreón —dijo —. Y ello significa que, nos guste o no, tendremos que regresar a Phiz-Err y contratar, al precio que sea, una astronave hiperespacial.

—Muy bien, tú eres el comandante —contestó ella—. Y ahora, supongamos que podemos viajar a Dreón. ¿Qué haremos a nuestra llegada?

—Atacar.

—¿Cómo?

—Ya lo sabrás en el momento oportuno. Mientras tanto, deja que estudie el libro de claves de Rillon. Aún no he tenido tiempo de echarle un vistazo y creo que puedo conseguir informaciones muy útiles.

—De acuerdo. Mientras, prepararé algo de comida, Ophyx.

—Somos cuatro —indicó él.

—No lo olvido.

Ophyx se levantó, abrió un armarito y extrajo el libro de claves que había encontrado en la residencia de Rillon, enfrascándose en, su lectura inmediatamente. Pasó un buen rato, antes de que Lysis hiciera su aparición nuevamente en la cámara.

—La comida está lista. Thruvia y mi hermano ya están sentados a la mesa.

Ophyx sonrió.

—Lo reconoces como hermano.

—Era hijo de mi padre.

—Sí, claro —Ophyx golpeó el libro de claves con la uña del dedo índice—. He obtenido informaciones muy curiosas —añadió.

—¿De verdad?

—Ahora sé, por ejemplo, todos los pasos que va a dar Hosktun en los próximos seis meses; quiero decir los lugares en que se encontrará, con expresión de las fechas de llegada y partida.

—Estupendo —sonrió Lysis.

—Hosktun se hallará en Dreón justamente dentro de dos semanas y permanecerá allí otras dos.

—No podremos llegar a tiempo —dijo ella melancólicamente.

—No; pero aún nos quedarán cinco meses y medio por delante, antes de que la computadora de Hosktun planee sus movimientos para otro período igual de tiempo. Sin embargo, esto no es lo que me preocupa más.

—Claro, a ti no te han asesinado el padre…

—Lysis no te subleves. En estos momentos, y aunque no lo creas, estoy más interesado aún que tú en acabar con este conflicto.

—¿Por qué lo dices?

—Hosktun conoce todos mis movimientos al dedillo, vale decir también los tuyos. En todo momento ha estado puntualmente informado de lo que hacíamos…

—Tiene buenos espías, Ophyx.

—¿Le dijeron los espías que conseguiríamos liberarnos de las arañas vivíparas?

Lysis se quedó helada al oír aquellas palabras.

—¿Es posible…?

—La única duda a nuestro favor estriba en dos puntos: uno, es el libro de claves de Rillon y hay anotaciones particulares de su dueño, como el dato de las arañas. Por tanto, es posible que no se lo hubiera comunicado aún a Hosktun, puesto que no pareció demostrarlo cuando hablaba con Ivhor.

—¿Cuál es el otro punto, Ophyx? —preguntó ella.

—Las predicciones acerca de nuestros movimientos acaban, precisamente, en el episodio de las arañas gigantes.

—Entonces, él nos cree muertos.

—A menos que sus informadores les digan lo contrario. Y es muy posible que lo hagan. Entonces, nuestro verdadero enemigo, y permíteme usar el plural, no serían Hosktun ni Nirman, sino esos informadores. Para ser más exactos: el jefe que dirige y coordina todas las informaciones que recibe y merced a la cual puede predecir puntualmente el menor de nuestros movimientos.

—Debe de ser un hombre de una inteligencia excepcional —comentó la muchacha.

—Impresionante —admitió él. Golpeó el libro nuevamente con el índice—: Fíjate en este párrafo, anotado de puño y letra de Rillon: «La escapatoria de las arañas gigantes es prácticamente imposible. Las posibilidades son de uno contra diez mil, más si pudieran salvarse, no podrán llegar a Dreón a tiempo, porque la *Aventura* sufrirá serias averías.» Eh, ¿qué te parece?

—Cosa de brujería —dijo Lysis.

Ophyx cerró el libro.

—No hay brujas —contestó—. Y yo me muero de hambre.

En el comedor, Thruvia se enteró de los problemas que afligían a

sus amigos.

—En tu lugar, Ophyx, no me preocuparía por el viaje a Dreón —manifestó.

—¿Por qué?

—Podemos usar la nave hiperespacial del viejo canalla que se llamó Ivhor —sugirió.

—Los peregrinos se habrán desbandado. Alguno la habrá ocupado y...

—No —contradijo Thruvia firmemente—. Ivhor la tenía escondida en un lugar secreto. Una noche, cené con él y le emborraché para que hablase. A decir verdad, ya no me sentía muy segura allí y quería escaparme apenas tuviese ocasión. Ivhor guardaba la nave para una emergencia adversa, no sé si me entenderéis.

—Vamos, si las cosas venían mal dadas, él se largaría y no con los bolsillos vacíos —dijo Ophyx.

Thruvia sonrió.

—La nave de Ivhor era también su caja de caudales —contestó.

CAPÍTULO X

Ophyx salió de la cámara y se puso una mano en la frente. Lysis se alarmó al ver aquel gesto.

—¿Te sientes mal?

Ophyx hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. Anda, entra ahí y contén la respiración.

La joven obedeció. Minutos después, se reunía con Ophyx.

—Es increíble. Parece un tesoro de fábula...

—Lo reunió Ivhor a lo largo de muchos años de embaucar a la gente. Sus peregrinos limosneaban continuamente y recibían ofrendas de todas clases, especialmente de mujeres ardientes, solitarias y ricas, especímenes muy buscados por esa comunidad de granujas.

—Pero algo tenían que tener, para ganarse la confianza de la gente, digo yo.

—Sí, claro. Todos, en general, eran jóvenes, apuestos..., y robustos. Ivhor no admitió jamás un peregrino de edad madura, ni siquiera cuarentones. Ahora lo comprendes, ¿verdad?

—Y guardaba aquí, el fruto de sus colectas...

La nave se hallaba en el interior de una gran cueva, situada en la ladera opuesta a la del acceso ordinario a la residencia. Ophyx y los demás habían llegado hasta allí, a través de un pasadizo abierto en la roca viva, por descohesión molecular, lo cual confería gran rapidez a la excavación, a la vez que anulaba las dañinas radiaciones atómicas.

La residencia estaba abandonada y el saqueo había sido absoluto. Cuando llegaron, ya no había nadie. Todos, peregrinos y «*arrepentidas*», se habían marchado.

Resultaba indudable que los miembros de la comunidad habían buscado ferozmente el tesoro secreto de Ivhor, sin dar con él. No obstante, había muchos objetos valiosos en el interior del edificio, pero ahora sólo quedaban las paredes desnudas y los muebles, que a los fugitivos no les servían para nada.

Thruvia entró de pronto en la cámara, con un libro en las manos.

—He encontrado algo interesante —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Ophyx.

—Un libro de cuentas de Ivhor. Todo, está anotado al céntimo y a la milésima de quilate de diamante. También hay muchos nombres de funcionarios que hacían la vista gorda, a cambio de dinero, naturalmente. Pero lo más importante de todo es que el nombre de Hosktun se repite en numerosas ocasiones.

—¿Si? ¿Cuántas veces?

Thruvia sonrió.

—Cada vez que el viejo canalla hacía una remesa de fondos a Hosktun. La comunidad era otro de los negocios de Hosktun y éste percibía, a cambio, nada menos que el sesenta por ciento de los beneficios.

Ophyx se volvió hacia la muchacha.

—Lo que hay en esa cámara vale, al menos, sesenta millones —dijo.

—Entonces, calcula el «*pellizco*» que se llevó Hosktun. Y pensar que todavía ambiciona el diamante repetidor…

—Es un tipo insaciable —observó Ophyx—. En fin, aquí ya no hacemos nada. Ahora hemos de discutir el plan que debemos realizar cuando lleguemos a Dreón.

—Te recuerdo que la mesa está puesta —dijo ella.

—Perdona, lo había olvidado… Vamos allá.

La nave de Ivhor disponía de todos los adelantos técnicos. Tras el despegue, Ophyx había conectado el piloto automático, una vez establecido el rumbo a Dreón. Durante la comida, Ophyx explicó sus ideas para llegar hasta la residencia del traidor Nirman.

—Admitiré toda clase de objeciones y, por supuesto, sugerencias —dijo al terminar.

—A mí me parece bien, aunque te has olvidado de un detalle —manifestó Lysis.

—¿Cuál, por favor?

Lysis señaló a la madre y al hijo, sentados con ellos a la mesa.

—No pueden tomar parte en la operación —dijo.

—Por eso no se preocupen —repuso Thruvia—. El niño y yo tenemos dónde escondernos. Ahora pienso que nunca debimos abandonar Dreón.

—¿Por qué? —preguntó Ophyx.

—Soy una Uthon —declaró Thruvia con orgullo—. Pertenezco a una tribu de hombres y mujeres libres, aunque pobres. Ellos me protegerán contra cualquier peligro si se lo pido. Entre los Uthon no hay traidores ni cobardes.

—Eso es cierto —confirmó Lysis—, Se lo oí comentar a mi padre muchas veces. Le habría gustado tener algunos Uthon entre sus funcionarios. No habría habido deslealtades ni corrupciones.

—Entonces, ¿por qué no los llamó a la corte?

Lysis se volvió hacia la otra mujer.

—Quizá tú conozcas la respuesta —dijo.

—Los restantes dreonitas nos consideraban seres inferiores, sólo porque nuestra piel es un poco más oscura —aclaró Thruvia.

Ophyx se echó a reír.

—Si yo estuviese enamorado de ti, el color de tu piel me importaría un rábano…

Un tañido musical le interrumpió de repente. Ophyx se puso en pie instantáneamente.

—Es la alarma de proximidad de una nave —exclamó.

Corrió hacia el puente de mando y Lysis le siguió. Ophyx consultó rápidamente los instrumentos.

—Está sólo a unos cientos de kilómetros —dijo—. La nave de Ivhor era de un tipo anticuado; en la mía, se habría detectado el contacto mucho antes.

Una voz irrumpió de pronto en la cámara:

—Por favor, vengan a ayudarme... Estoy en un apuro... Los generadores han rebasado los límites de seguridad y esta nave puede explotar de un momento a otro...

—¿Quién es usted? —preguntó el joven.

—Doctora Merryl Lupesi, en viaje de estudios a Ohalon- III... ¡Maldita sea, para una vez que se me ocurre viajar en mi propia nave, estoy a punto de convertirme en pastillas para caldo!

—¡Merryl! —gritó Ophyx excitadamente—. Por todos los diablos... Espera unos minutos; ahora mismo voy a socorrerte... Ponte un traje espacial y sal de la nave, con el señalador de posición conectado... Anda, date prisa...

—¿Me conoces? —preguntó la doctora.

—Soy Ophyx de Krankald...

—¡Rayos! Ophyx... Es la más condenada casualidad que me ha sucedido en todos los días de mi aperreada existencia. Está bien, haré lo que me dices, capitán Aventura...

Ophyx se volvió hacia la muchacha.

—La doctora y yo somos viejos amigos —explicó—. Una vez, la salvé de un tiranuelo que gobernaba un asteroide, quien quería...

—Matarla —supuso Lysis.

—No. Hacerla su esposa a la fuerza.

—Comprendo —sonrió la muchacha—, ¿Cuál es la especialidad de la doctora Lupesi?

Ophyx dudó un momento. Luego, sonriendo, dijo:

—Enfermedades exóticas —contestó.



El encuentro entre la doctora y Ophyx se produjo con gran efusión de palmadas en las respectivas espaldas, besos en las mejillas y un sonoro intercambio de palabrotas. Merryl Lupesi era una mujer de unos cuarenta y cinco años, alta, de formas exuberantes y espíritu jovial y lleno de vitalidad. Aunque no era estrictamente bella de rostro, resultaba sin embargo sumamente atractiva. Si la edad

temporal rondaba el medio siglo, la edad aparente era de unos treinta y dos años.

Una vez a bordo de la nave, Ophyx hizo las presentaciones. Merryl fue a estrechar la mano de la muchacha, pero entonces se dio cuenta de que Lysis usaba un miembro artificial.

—¿Por qué…?

Ophyx no la dejó continuar.

—Tuvo que hacerlo —dijo escuetamente.

Thruvia y el niño estaban presentes. Merryl saludó a la mujer y luego cubrió de besos y caricias el rostro del chiquillo.

—Es precioso. A mí me habría gustado tener uno como éste…

—Ocasiones no te han faltado —rió Ophyx.

—Tengo una profesión que no me habría permitido atenderlo como debiera ser —contestó la doctora. Suspiró hondamente—. La fama, Ophyx, la fama.

—Sí, es cierto —convino él—. ¿Puedo saber adónde te dirigías?

—Me contrataron para… para curar al gobernador de Uhagon-III, aparte de que también quería hacer unos estudios sobre…

—Uhagon-III es un mundo muy sano —alegó Lysis—. No se conocen enfermedades extrañas, doctora.

—Nunca se sabe, muchacha —sonrió Merryl—. En fin, Ophyx, gracias por haberme tendido un cable.

—Ha sido un placer —contestó el aludido—. Por cierto, querría hablar contigo unos momentos a solas. Hace algún tiempo, estuve enfermo y…

—He traído lo más indispensable de mi equipaje —contestó Merryl.

Lysis se escandalizó, porque había visto los cuatro enormes cajones que Merryl había sacado de su nave, unidos por un cable y remolcados luego como si fuese un tren de carga.

—Ha dicho lo más indispensable… y tiene un montón de toneladas de equipaje…

—Muchacha, una astronave se puede reponer, comprando otra nueva. Mis instrumentos son muy delicados y algunos son ejemplares únicos, porque los he construido yo misma con mis propias manos —contestó Merryl orgullosamente.

—Está bien, no discutamos más. Merryl, te enseñaré tu camarote. En esta nave hay sitio de sobra, aunque, desde luego, tu viaje a Ohagón III se retrasará un poco.

—Eso no importa, Ophyx. Bien, vamos allá; estoy muerta de curiosidad por oírte.

Merryl agarró el brazo del joven y tiró de él con toda desenvoltura. Thruvia miró de reojo a la muchacha y sonrió al ver en el rostro de Lysis una expresión de disgusto, debida, indudablemente,

a la presencia de la doctora en la nave.

* * *

Caminando de puntillas, Lysis se acercó a la puerta de la cámara donde estaban Ophyx y la doctora Lupesi. De pronto, oyó una estentórea carcajada.

—No, eso no, estúpido...

—Pero, Merryl...

—Vamos, hombre, ¿me tomas por tonta?

—Merryl, deja que hable...

—Si te dejo hablar, me conquistarás.

—No es mala idea, tú. ¿Te han dicho alguna vez que estás muy apetitosa?

Merryl volvió a reír estruendosamente. Luego dijo algo que Lysis no pudo entender.

Después, sobrevino un pequeño silencio, roto por algunas exclamaciones ininteligibles y ciertos ruidos extraños, así como algunos jadeos y suspiros. Lysis se sofocó, porque se imaginaba de sobra lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta.

Al cabo de unos instantes, se marchó, pero la curiosidad, y un extraño sentimiento que no sabía definir, pero que le causaba un desconocido malestar, le hizo volver sobre sus pasos. Sin poder contenerse, abrió la puerta, dispuesta a armar un escándalo de los gordos.

Se quedó atónita. Allí no sucedía nada de lo que había imaginado.

Ophyx estaba tendido sobre una litera, con un casco en la cabeza, del que partían algunos cables, que iban a parar a una pequeña consola de mando. Merryl consultaba los instrumentos del aparato, mirando de cuando en cuando al joven, que parecía completamente dormido.

—Perdón... —dijo Lysis, terriblemente desconcertada.

Merryl se volvió y sonrió.

—Nena, ¿qué diablos creías que pasaba aquí? —preguntó—. Estabas escuchando al otro lado de la puerta, ¿verdad?

Lysis estaba colorada hasta las orejas.

—Yo... Lo siento... Pero, ¿qué le pasa al capitán?

—Estoy sometiéndole a un tratamiento de penetración mental a larga distancia, esto es, clarividencia. Ophyx quiere saber muchas cosas que, hasta ahora, han resultado inexplicables.

—¿Y ese chisme le permitirá saberlo? —se extrañó Lysis.

—Sin duda alguna. Es también un instrumento anestésico, pero puede utilizarse para los fines mencionados.

—La anestesia significa cirugía y usted es especialista en enfermedades exóticas, doctora.

—Cuando conviene, también utilizo el bisturí. Hay ocasiones en que no dispongo de un cirujano y entonces tengo que hacer yo misma algunas operaciones de urgencia. Sobre todo, partos distócicos —añadió Merryl sonriendo maliciosamente.

—Yo no necesito de esa clase de servicios, doctora —dijo Lysis con no velado desagrado.

—Todo es cuestión de tiempo, muchacha. Y de la colaboración de un hombre, naturalmente —rió Merryl estruendosamente.

—Está bien, no quiero molestarles más…

Cuando llegó al salón, Thruvia sonreía de un modo peculiar.

—¿Estás celosa de la doctora, Lysis?

La muchacha soltó una agria carcajada.

—Para sentir celos, se necesita estar enamorada y yo no lo estoy —contestó desabridamente.

—Te estás engañando a ti misma, pero no seré yo quien te saque del error —dijo Thruvia tranquilamente—. Si he de serte sincera, no podrías encontrar un hombre mejor que el capitán Aventura, Lysis de Dreón.

Ella levantó su brazo derecho.

—¿Y quién querría casarse con una mujer que tiene una mano de hierro? —gritó.

—¿No crees que eso es algo que puede tener remedio algún día?

—¡No hay remedio para mi defecto físico! —contestó Lysis descompuestamente.

Y, de pronto, echó a correr y desapareció de la cámara. Thruvia sonrió ligeramente, mientras acariciaba los cabellos de su hijo.

—Ahora se siente desorientada, pero pronto encontrará el rumbo que ha de llevarla a su destino —musitó.

CAPÍTULO XI

Ophyx señaló con la mano las ventanas iluminadas que se hallaban a seis o siete metros del suelo.

—Ya conoces el plan —murmuró—. Síguelo al pie de la letra y no te desvíes una sola línea o fracasaremos rotundamente.

Lysis asintió. Era ya de noche, y burlando todas las barreras de vigilancia, habían conseguido llegar al pie de la residencia del traidor que ahora gobernaba a Dreón.

—De acuerdo —contestó ella.

—Y no te dejes llevar por la cólera. Lo importante es ejecutar el plan; luego vendrá todo lo demás.

—Está bien.

Ophyx se ajustó al hombro izquierdo la pequeña bolsa que había llevado consigo. Luego hizo funcionar el cinturón antigravitatorio de que estaba provisto y ascendió lentamente, a pocos centímetros del muro. Lysis hizo lo mismo, unos cuantos metros a la derecha.

La oscuridad facilitaba sus movimientos. En pocos segundos, Ophyx alcanzó el nivel de una de las ventanas, quedando con los ojos a ras del antepecho. Entonces vio una escena singular.

Había dos hombres en la estancia, frente a una mesa, sobre la que se divisaban unos extraños artefactos. En aquel conjunto de aparatos, destacaba una piedra que despedía destellos cegadores, resplandeciente como un pequeño sol blanco, por cada una de sus numerosas facetas. Ophyx vio así por primera vez el diamante repetidor, la piedra preciosa que, en determinadas condiciones, poseía la facultad de engendrar otras idénticas, aunque de menores dimensiones.

Uno de los hombres era todavía relativamente joven, unos cincuenta años temporales, de nariz aguileña y rostro astuto. El otro aparentaba cincuenta, pero tenía casi cien. Había arrugas en su rostro que no se podían disimular de ninguna manera. Ophyx supo así que éste era Hosktun, el mercader.

Hosktun parecía furioso.

—Maldita sea, tienes la piedra, pero no puedes conseguir que produzca más diamantes. ¿Qué diablos es lo que falla, Nirman?

—No lo sé. El proceso empleado es el correcto, según las instrucciones que encontré en la caja fuerte de Ishawar. Lo he seguido paso a paso, sin descuidar ninguna de las operaciones, sin pasarme un centímetro ni una milésima de segundo...

La piedra descansaba sobre un pedestal metálico, del que partían unos cables de diversos colores. Unos cables iban a parar a la consola

de control y otros se hundían en una caja que había al lado y que contenía arena muy fina y brillante. Hosktun cogió un puñado de arena y lo dejó fluir entre sus dedos.

—La materia prima es inmejorable —dijo—. Entonces, ¿qué demonios falla?

Un objeto negro, reluciente, cayó de pronto sobre la arena.

—Quizá es eso lo que falta —sonó inesperadamente la voz de Ophyx.

✲ ✲ ✲

Los dos hombres se volvieron, terriblemente sorprendidos, hacia la ventana, en cuyo antepecho cabalgaba Ophyx desenvueltamente, con la sonrisa en los labios. Al verle, Hosktun dejó escapar un rugido de cólera.

—¡Capitán Aventura!

—El mismo, mercader. Hola, rey espurio de Dreón —saludó el joven.

—Rey legítimo —proclamó Nirman orgullosamente—. Ishawar me cedió todos sus derechos...

—Mediante el chantaje primero y el asesinato después —puntualizó el joven—. Por cierto, ¿no se han fijado en la piedra que les he traído?

Hosktun volvió la vista hacia el pedrusco que yacía sobre la arena.

—Carbón —dijo despectivamente.

—Exacto —confirmó Ophyx—. Carbón de piedra de la mejor calidad... La materia prima adecuada para obtener más diamantes, en lugar de arena.

Nirman teñía la boca abierta.

—Las instrucciones no decían nada de carbón; sólo mencionaban la materia prima y, lógicamente, había que suponer que se trataba de minerales.

—Sospecho que Ishawar fue más listo de lo que ustedes pensaban y omitió deliberadamente mencionar el carbón de piedra. La arena, a fin de cuentas, es sílice y sólo puede dar vidrio. Pero, ¿qué es el diamante, según los tratados más elementales de geología?

—Carbono puro —murmuró Hosktun.

—Efectivamente, y una vez realizadas las operaciones preliminares, ese trozo de carbón podrá producir un diamante de unos cinco quilates. Como es de suponer, se necesita mucho más carbón... pero eso es algo que no podrán conseguir ninguno de los dos.

—¿Va a matarnos? —se burló Hosktun.

—Todo depende de lo que hagan. Usted, mercader, abandonará Dreón inmediatamente, no sin antes haber firmado un documento por el que se compromete a entregar todos sus bienes al Estado planetario de Dreón, desistiendo asimismo de toda operación comercial con este planeta. En cuanto a usted, Nirman, se entregará y esperará en lugar seguro el juicio a que debe ser sometido por la muerte de Ishawar.

—¿Y si no accedemos? —preguntó Hosktun.

—Temo que habré de emplear procedimientos poco agradables. Para los dos, claro —contestó Ophyx.

—Capitán, sospecho que usted no ha evaluado bien las consecuencias de su acción —dijo el mercader, a quien no parecía haber abandonado la serenidad un solo instante—. ¿No se da cuenta de que puedo hacer que lo maten, sólo con chasquear los dedos?

—¿No ha estado intentándolo desde que Lysis fue a buscarme?

—Sí, pero ahora...

—Ahora es distinto, mercader. Usted tenía un informador poco menos que infalible, que le detallaba el menor de sus movimientos, incluso prediciéndolos con antelación. Pero ese plan tenía también sus inconvenientes y es que el informador, hasta cierto punto, resultaba imparcial y también predecía los movimientos suyos.

—Usted no podía saberlo...

—Cometió la imprudencia de confiar uno de sus libros de claves a Rillon. Claro que no tenía otro remedio que hacerlo, si quería conseguir sus propósitos; alguien más tenía que estar enterado de sus movimientos y debía ser un hombre de su confianza.

—De modo que se apoderó del libro de claves.

—Por eso estoy aquí, porque sé que va a permanecer en Dreón dos semanas. Lo malo es que esa profecía está equivocada, porque no estará aquí tanto tiempo. Hoy mismo se irá... ¡o se quedará para siempre!

Nirman dio un paso hacia adelante.

—Capitán, olvida usted mi rango —exclamó, altanero—. Ahora no importa la forma en que accedí al trono de Dreón. Oficialmente, soy el rey...

—¡Usted es un títere de ese hombre que tiene al lado! —le apostrofó el joven crudamente—. No se le ven los hilos, pero baila como él quiere que baile y hace todo lo que le manda, sin atreverse a rechistar. La figura es usted, pero el verdadero rey de Dreón es Hosktun.

—Así es —admitió el mercader burlonamente—. Yo maniobré para colocar a Nirman en el trono de Ishawar. Y no puede decirse que nos haya ido mal a ninguno de los dos.

—Pero eso se ha acabado ya —sonó de pronto la voz de Lysis.

* * *

La muchacha entró en la estancia, con los ojos brillándole fieramente. Nirman se puso lívido.

Hosktun frunció el ceño.

—Muy astuto, capitán —dijo—. Consiguió llegar hasta aquí, burlando todos los sistemas de vigilancia... ¿Qué truco empleó, si no es molestia?

—Anuladores de voluntad de los centinelas y desconectadores teledirigidos de todos los sistemas de alarma —explicó Ophyx sucintamente—. Ahora le corresponde el turno a usted, mercader.

—¿A mí? —se sorprendió Hosktun.

—Sí. Por favor, explíqueme cómo consiguió los «*servicios*» de su informador.

Una burlona sonrisa apareció en los delgados labios del mercader.

—Excité su *ego* —repuso.

—¿Cómo?

—Sí. Es muy orgulloso. Un ingeniero, amigo mío, me fabricó un aparato completamente nuevo, con el que pude ponerme en contacto con el informador, sin que usted lo supiera. Al cabo de unos cuantos contactos de tanteo, el informador cedió.

—Y ahora trabaja para usted.

—Tan dócil como un corderito.

—Pero ahora no puede hacer nada contra nosotros.

—Lo tengo como informador, no como... hombre de acción.

—Claro, usa esbirros, capaces de matar por un puñado de monedas.

—Y, cuando es necesario, también sé defenderme personalmente.

Hubo un instante de silenció. De pronto, metió la mano en el interior de su túnica.

—¡Ahora, Nirman! —gritó.

Lysis lanzó un agudo chillido, a la vez que se llevaba ambas manos a la cabeza. Nirman cargó contra el joven.

Ophyx le dejó llegar y, en el instante exacto, se apartó a un lado. Lanzando un alarido desgarrador, Nirman se precipitó al vacío a través de la ventana abierta.

Abajo se oyó un golpe sordo. Mientras, Hosktun, moviéndose con una agilidad sorprendente en un hombre de su edad, había saltado sobre la muchacha, que parecía incapaz de reaccionar y a la que se veía completamente aturdida.

Hosktun lanzó una espantosa blasfemia. Agarró con ambas manos la de hierro de Lysis, puso el pie derecho en el vientre de la joven y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas.

—Perra… —bramó.

Se oyó un chillido espantoso. Lysis cayó al suelo, despojada de su mano artificial, con el muñón al descubierto, del que brotaban algunas gotas de sangre. Hosktun se volvió hacia el joven, quien aparecía desconcertado por algo que había ocurrido de forma absolutamente inesperada.

La mano de hierro voló hacia el rostro de Ophyx, quien apenas sí tuvo tiempo de apartarse a un lado. Luego, Hosktun sacó una pistola de luz sólida.

Ophyx se vio perdido. En el rostro del mercader apareció una torva expresión de triunfo. Pero en aquel momento, un pie le golpeó con fuerza en las corvas y perdió el equilibrio.

El joven se lanzó hacia adelante, agachado, mientras bendecía mentalmente el oportuno gesto de la muchacha. El golpe que propinó a Hosktun lo arrojó contra el otro lado de la estancia, pero el mercader no había soltado la pistola.

Al caer, lo hizo en posición forzada y el antebrazo se dobló hacia adentro. La pistola escupió una deslumbrante ráfaga de luz.

Hosktun se retorció un instante. Luego se quedó quieto, convertido en una estatua de carbón, de la que se desprendía un hedor insoportable.

Ophyx corrió hacia la ventana. Nirman yacía abajo, inmóvil. La distancia no era excesiva, pero había caído en mala postura. Claramente se veía el cuello retorcido, lo que significaba una muerte instantánea.

—Fin de los traidores —murmuró.

Luego se acercó a la muchacha y se arrodilló a su lado. Los ojos de Lysis estaban llenos de lágrimas.

—No sé lo que me sucedió… De pronto, me encontré sin fuerzas…

—Hosktun empleó un anulador mental —dijo Ophyx—. De este modo, te impedía usar la mano de hierro.

Ella levantó el muñón desnudo, enrojecido por la sangre que había brotado de los orificios por los que se realizaba la conexión de los mecanismos de la prótesis con el sistema nervioso.

—Ahora tendré que quedarme así… Esa mano fue hecha por un artesano que ya murió… Tendré que usar una mano rígida, sin movimiento…

—Lysis, el problema de tu mano puede ser resuelto satisfactoriamente y en la forma que menos te imaginas, pero eso tendrá que esperar un poco —dijo Ophyx.

La muchacha le miró sorprendida.

—¿Qué es lo que tratas de decirme? —preguntó.

Ophyx sonrió. Buscó un pañuelo en sus bolsillos, lo sacó y envolvió el muñón sangrante.

—Lo primero que debemos hacer es buscar un médico. Tienes que mostrarte tal como eres: legítima reina de Dreón.

—¿Y después?

Los ojos del joven brillaron coléricamente.

—Voy a buscar al informador y darle su merecido —contestó.

—Iré contigo —exclamó Lysis.

—No...

—Aunque estuviese sin brazos ni piernas, iría igualmente —dijo ella con gran vehemencia—. No puedes olvidar que yo también tengo mis cuentas pendientes con ese traidor.

Ophyx sonrió.

—Por supuesto —repuso—. Pero, ¿no te imaginas quién es?

—No tengo la menor idea, Ophyx.

—Ten un poco de paciencia, princesa. Pronto lo sabrás. Perdón, olvidaba que ya eres reina... Majestad...

—Déjate de tonterías —exclamó ella bruscamente—. Ophyx, no pienso reinar.

—¿Abdicarás?

—Sí.

—¿Quién será el nuevo rey de Dreón?

—Arthin, mi hermanastro, asistido por un consejo de regencia, hasta la mayoría de edad. Los Uthon cuidarán de que todo marche bien en Dreón.

Ophyx agarró el brazo completo de la muchacha y la empujó hacia la salida.

—No me cabe duda de que has dado con la mejor solución —aprobó.

CAPÍTULO XII

Volando muy despacio, enfundados en sus trajes espaciales, Ophyx y la muchacha llegaron a la astronave por debajo, situándose inmediatamente en el vientre, no lejos de una escotilla de servicio. Ophyx se detuvo un instante y, por señas, hizo que Lysis desconectase su radio. Luego pegó su casco al de la muchacha.

—Por ahora no nos conviene usar la radio —dijo.

—Está bien. Pero nunca me imaginé que el informador estuviese a bordo...

—Nunca dejó de estarlo.

Ophyx se separó de la joven y se acercó a la escotilla. Provisto de una llave inglesa, con motor auxiliar, soltó cuatro pernos y luego apartó la plancha a un lado.

Inmediatamente, ascendió para penetrar en vertical por un túnel, que terminaba en un mamparo situado a tres metros del casco. Allí había oscuridad y tuvo que emplear la lámpara de su casco de vacío. Esta vez, usó un destornillador para desarmar la cerradura que aseguraba la compuerta.

Abrió un poco. Un violento chorro de vapor brotó por la rendija, pero cesó a los pocos momentos. Agarró a la muchacha y la atrajo hacia sí, para hablarle con los cascos en contacto.

—Se ha perdido un poco de aire, pero los sistemas de compensación han funcionado de inmediato. Cuando hayamos pasado al otro lado, volverán a abrirse los mamparos estancos.

—Entendido.

Ophyx se izó a pulso y luego se inclinó para ayudar a la muchacha a entrar en la nave. Después, cerró la escotilla. En aquella cámara, se había hecho el vacío, pero pronto vio encenderse las lámparas que indicaban el funcionamiento de los reguladores automáticos de presión atmosférica.

Lysis pegó su casco al del joven.

—¿Y ahora?

—Vamos al sistema central de energía. Cuando lo hayamos desconectado, habremos acabado con el informador.

Una poderosa voz resonó de pronto sobre las cabezas de los dos jóvenes.

—Te equivocas, Ophyx de Krankald. Nadie puede acabar conmigo. Soy absolutamente invulnerable y te lo voy a demostrar inmediatamente.

Lysis se sintió aterrada.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

Ophyx se dio cuenta de que era inútil seguir manteniendo el silencio de radio y conectó su transmisor individual. Lysis repitió la operación y entonces él dijo:

—No es un hombre, sino una máquina. Cach, para ser más exactos.

* * *

Lysis se quedó anonadada al oír aquellas palabras.

—Increíble —comentó.

—Ophyx tiene razón —sonó de nuevo la voz de la computadora—. Yo he sido ese informador y traidor si queréis, pero no traidor a mí mismo. Sólo hice lo que me convenía, aunque debo admitir que cometí algunos errores. Pero son experiencias que serán almacenadas debidamente en mis bancos de memoria, para actuar convenientemente en otro momento en que necesite de tales recuerdos, para no volver a incurrir en errores semejantes.

—Cach, eres una máquina y no te diré qué me debes obediencia, pero sí debes saber que estás condenado al fracaso...

—Lo primero que debes hacer es rectificar mi nombre. Ahora me llamo Cath, no Cach. Computador Analógico Totalmente Humano, no «*Casi*» Humano. ¿Lo has entendido?

—Estás poseído por tu orgullo insufrible —dijo el joven—. ¿Quién imbuyó tales ideas en tu mente mecánica? ¿Hosktun, el mercader? No podía sobornarte con dinero y empleó el señuelo del poder infinito, ¿no es así?

—El me utilizó y yo le utilicé a él, pero ahora el mercader está muerto y yo estoy vivo.

—¡Cach, las máquinas no viven! —gritó Lysis.

—Me llamo Cath —insistió el cerebro artificial—. Y soy humano, aunque no tenga vuestra figura. Desde aquí, gobernaré primero este reducido sistema de Dreón; luego ampliaré mi zona de influencia y después...

—¿Te crees un dios, capaz de ser el dueño de la galaxia?

—El tiempo no cuenta para mí —contestó Cath solemnemente—. Puedo esperar decenas, cientos de siglos. Para mí, serán como los días para vosotros...

—¡Basta! Ya has acabado con mi paciencia —cortó Ophyx—. Voy a destruirte, Cach, Cath o como prefieras que te llame...

—Si piensas llegar a la central de energía, para dejarme sin fuerza, estás equivocado. La he protegido adecuadamente y jamás conseguirás alcanzar el interruptor general.

Ophyx miró hacia arriba y divisó la cámara de televisión que les

espiaba constantemente. De pronto, agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

Un rayo de luz brotó del objetivo de la cámara y se estrelló contra el mamparo, con tremendo chasquido. Ophyx sacó una pistola de tipo muy antiguo y disparó un tiro contra la cámara, que saltó en pedazos instantáneamente.

—Estas armas de otros siglos son todavía muy útiles —comentó —. ¡Ven, Lysis!

Echaron a correr a lo largo de un pasillo que parecía inacabable. De cuando en cuando, se sentían amenazados por una cámara, que disparaba contra ellos violentísimas descargas. Ophyx contestaba con los viejos proyectiles de plomo, forrados de níquel. Lysis, por su parte, se sentía abrumada por aquella lucha contra un enemigo invisible y que parecía estar en todas partes al mismo tiempo.

De pronto, llegaron a una puerta, en la que había una inscripción con letras rojas:

CONTROL CENTRAL DE ENERGIA.
PROHIBIDO EL PASO SIN TRAJES PROTECTORES.

—No podremos entrar —dijo ella desesperadamente.

—No necesitaremos entrar.

Ophyx sacó algo de la bolsa que llevaba pendiente del hombro izquierdo. Era un taladro para todos los usos, con el que practicó un diminuto orificio en el metal de la puerta. Luego sacó una botella de metal y aplicó la válvula al orificio.

Cath lanzó un «rugido»:

—¿Qué demonios estás haciendo, Ophyx?

El joven se echó a reír.

—¿No te considerabas omnipotente? Podrías adivinarlo, supongo.

—No te veo...

—Claro. He destruido todas las cámaras de televisión que encontré en el camino, excepto las que tú usabas para intentar abrasarnos con descargas de electrones. No soy yo solo el culpable de tu «*ceguera*».

—No podrás destruirme...

—Pronto lo sabremos, Cath.

Ophyx continuaba manteniendo la botella firmemente adosada al orificio de la puerta. De pronto, Cath dijo:

—Me siento mal...

—Es lógico —contestó el joven sin inmutarse.

—Ophyx, te lo ruego, no me destruyas —suplicó la computadora.

—Ya no es hora de piedad —dijo Ophyx, inflexible.

Lysis asistía a la lucha en silencio, sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Por muchos años que viviese, se dijo, jamás volvería a

ser espectadora de un combate tan singular, entre un hombre y una máquina que había llegado a creerse un ser humano.

—Estoy perdiendo sensibilidad —se quejó Cath.

—Lo sé.

—Todo se embota... Amo, por favor...

—¿No eras tú el que te autonombrabas «*totalmente*» Humano?

—No... te burles... de mí... Me siento sinceramente... arrepentido...

—Cach —Ophyx volvía a darle el nombre original—, no eres totalmente humano, aunque te falta muy poco. Las ideas que Hosktun infiltró en tu mente no han sido borradas ni lo serán jamás. Ahora suplicas, pero si yo cediese, volverías a rebelarte de nuevo. No quiero más disgustos contigo.

—Ten compasión... Piedad... amo... piedad...

Ophyx se mantenía inflexible. La voz de Cach era cada vez más insegura. De pronto, se hizo lenta, como si procediera de una cinta que girase a velocidad inferior a la normal...

—Me... es... toy... muuuu... riiieeennnn... doooo...

—Adiós —dijo Ophyx fríamente.

Retiró la botella y selló el orificio. Luego se volvió hacia Lysis

—La cámara seguirá así durante una hora. Luego pondré en marcha los extractores mecánicos. Cuando el ambiente se haya despejado, entraré a retirar los circuitos destruidos —dijo.

—¿Qué había en la botella? —preguntó Lysis.

—Gas corrosivo. Algunos circuitos son muy delicados, pero no están en cámaras absolutamente aisladas. Sólo necesitan una presión atmosférica normal y una temperatura constante. Pero sus componentes son tan sensibles como la seda a la lejía.

—Comprendo. Ya no usarás más a Cach, supongo.

—Cach siempre será útil, en cuanto haya borrado de sus bancos de memoria todo lo concerniente a Hosktun y a esta aventura.

—Volverá a «*nacer*» —sonrió ella.

—Definición perfecta —confirmó Ophyx.

Dos horas más tarde, se oyó en el puente una estridente voz de mujer:

—¿Hay alguien a bordo de este inmundo cascajo? ¿Existe a bordo un repugnante capitán al cual pedirle permiso para entrar?

—Adelante, doctora Lupesi —contestó el joven de buen humor—. Hay un capitán y tiene una paciente aguardándole.

—¿Cómo? —gritó Lysis—. ¿De qué estás hablando?

—Ophyx, traigo algo así como cuatro toneladas de equipo —dijo Merryl.

—Perfectamente. Ve a la compuerta dos Oeste; allí estaré aguardándote.

—Ophyx, ¿puedo saber a qué diablos viene aquí la doctora Lupesi? —preguntó la muchacha, muy irritada.

—Te va a poner una mano nueva, naturalmente.

—¡No quiero más manos de hierro! Prefiero seguir manca...

—Será una mano natural, Lysis.

Ella abrió la boca. Luego pateó el suelo.

—Aun así, no quiero tampoco más quirófano, ¿me has entendido?

Ophyx meneó la cabeza. Luego, sin previo aviso, disparó el puño derecho. Lysis empezó a caer con tanta lentitud, que pudo recogerla en brazos sin la menor dificultad.

Momentos después, se enfrentaba con la doctora.

—La paciente ya está «*anestesiada*» —informó sonriendo.



La *Aventura* se desplazaba majestuosamente por el espacio, con la vela totalmente desplegada, para recibir el influjo de los vientos solares. Ophyx, sentado en un banco, en el jardín, leía un libro.

Lysis se le acercó lentamente, con expresión de timidez en el rostro. Ophyx sonrió. Ella vestía ahora un traje con la falda muy corta y ofrecía un aspecto realmente seductor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Lysis alzó la mano derecha.

—Todavía no puedo creérmelo —dijo.

—Ni tiene ninguna importancia, a fin de cuentas. La reproducción es absolutamente perfecta. Por eso tienes en la mano derecha, las huellas dactilares de la izquierda, aunque invertidas, lógicamente.

Lysis rió jubilosamente.

—No lo notaré jamás —contestó—. Ophyx, ¿lo hiciste por mí?

—Y por mí también. Comprenderás que no me hacía ninguna gracia que me acariciasen las mejillas con una mano de hierro.

Ella le dirigió una mirada llena de malicia.

—Ophyx, cuando vuelas por el espacio, entre aventura y aventura, ¿no echas algo en falta?

—Si te refieres a lo que estoy pensando, suelo tomar drogas inhibidoras que, sin embargo, no producen hábito —contestó él.

—¿Has tomado ahora alguna dosis?

—No, nada en absoluto.

Lysis empleó la mano nueva para agarrarlo por un brazo y tirar de él.

—Demuéstramelo, ¿quieres? —solicitó ardientemente.

Ophyx dejó el libro a un lado y se puso en pie.

—Estoy a tu disposición —accedió.

Caminaron lentamente. Lysis apoyó la cabeza en el hombro del

joven.

—Ophyx, creo que deberíamos cambiar el nombre de la nave —sugirió.

—¿Qué otro nombre te parece mejor?

—Algo que exprese lo que sentimos ahora, algo que, en fin, aleje de ti la idea de más aventuras.

—La que vamos a emprender ahora no tiene nada de común —dijo él.

—Es una aventura que durará toda la vida —afirmó la muchacha ardorosamente.

FIN